Cotidiano MUJER



II EPOCA Nº 15
Montevideo

NOVIEMBRE 1993 – N$ 9
URUGUAY

Indice



Cotidiano MUJER es una publicación bimensual del Colectivo Editotial MUJER.
Eduardo Acevedo 1320, apto. 102
Montevideo – Uruguay – Tel: 49 10 58
Fax: (598-2) 49 56 51
Correo electrónico: Cotidian@Chasque.apc.org.

Colectivo Editorial:
Lilián Abracinskas, Lilián Celiberti, Lupe Dos Santos, Elena Fonseca, Lucy Garrido, Inés Roussomando.

Coordinación General: Lucy Garrido.

Colaboradoras:
Ana María Coluzzi, Carolina Kappler, Cecilia Moreno, Clara Murguialday, Teresa Trujillo.

Diseño y Diagramación:
Lupe Dos Santos, Lilián Abracinskas.

Colaboración Diseño y Diagramación:
Regina Ewald, Angelika Greis, Alexander Obst, Roger Bouteiller.

Comp. en Pantalla: Garabatos Apoyo Gráfico. Av. 18 de Julio 1953, of. 27.

Impreso en: Tecnograf. Asunción 1478.
Depósito Legal: 252.174
ISBN: 0797-3950

atreverse a saltar

El encuentro de San Bernardo tuvo – como seguramente habrán tenido los encuentros anteriores – resultados que algunas anotaremos en la cuenta del «haber» y otras en la columna de «debe». Como casi siempre.

Al volver, titulamos un artículo que lo resumía »El Encuentro de la V Búsqueda» porque perdimos tiempo y tiempo tratando de encontrar no sólo los talleres, los omnibuses o el hotel, sino también las ideas, las discusiones, las síntesis. Y nosotros, aún por omisión, fuimos culpables también de esos errores. Teníamos un medio de comunicación y no se había occurrido ponerlo al servicio de todas para que en la medida de nuestras posibilidades sirviera de nexo e irradiación de ideas.

Por eso este número de Cotidiano es más teórico que de costumbre. Le escribimos a varias compañeras de diferente países solicitándoles que nos enviaran material sobre los temas que cada una considerara importantes, a partir de su lectura de la realidad de nuestras regiones y del diagnóstico que hicieran del feminismo en la actualidad. Varios de los artículos no llegaron a tiempo y en ese sentido es una lástima no contar con el de Ximena Bedregal desde Méjico o con el de Line Bareiro desde Paraguay.

Publicamos sin embargo cuatro que creemos abarcadores de algunos de los grandes nudos por los que atraviesa el feminismo en nuestros continentes. El primero es una síntesis de «El movimiento feminista latinoamericáno: entre la esperanza y el desencanto» que forma parte del libro «*Cómo cambiar el mundo sin perdernos*» de Gina Vargas, síntesis que «perpetré» con autorización y de la que respondo. Le sigue uno de Vera Soares «Feminismo y crisis: un diálogo entre nosotras» en el que, entre otros conceptos, afirma «...construímos una confusión entre movimiento feminista y ONG's feministas» y se pregunta qué pasó con nuestra disponibilidad para los espacios genuinamente autónomos. Sobre el feminismo en Centroamérica publicamos un panorama extractado del ensayo que Norma Vázquez y Clara Murguialday hicieran analizando el proceso de la «escisión vital» que representa, para algunas mujeres, no ser ya «militantes obedientes» y no ser aún «feministas asumidas». Y para finalizar, Margarita Pisano le pone el cascabel al gato (como decimos por acá) a varios de los temas más urticantes en los grupos de mujeres como lo es el de las feministas profesionales o el de los liderazgos.

Esperamos que este número de Cotidiano sirva pues como aporte a la discusión y a la manifestación real de las diferencias. El verdadero desafío, para no desperdiciar recursos, energía, inteligencia y creatividad, será definir estrategias en torno al poder. Sobre este tema, creemos, deberá darse una auténtica confrontación de ideas si es que queremos ocupar el lugar que nos acerque a la utopía y cabrá preguntarse, por ejemplo, si la crisis por la que atraviesa la izquierda, replantea o no un cambio en la estrategia feminista. Un cambio que haga nuestras prácticas más concretas; un discurso que vaya más allá de nuestras reivindicaciones y se meta en el centro mismo de las políticas públicas y los lugares de decisión.

Debemos atrevernos, cobrar impulso y saltar. Si pensamos que tras el salto está el vacío, nunca lo haremos.

El lenguaje no es siempre «palabra» pero estamos inmersas en una cultura tan verbal que no prestamos atención a veces a lo que las imágenes quieren decirnos.

La tapa de este Cotidiano puede ser desde un punto de vista estético, buena o mala; puede estar bien impresa o no; pero desde sus limitaciones intenta un mensaje al VI Encuentro que resuma a su vez el contenido de la revista: se trata de atreverse a saltar. Por eso, muro, sombra y zapatillas conforman una ausencia-presente, otorgándole a la figura que no está carácter de protagonista. Una mujer salta y lo hace tan fuerte, tan libremente y con tanto impulso que en la foto sólo está su sombra y es justamente eso lo que prueba la altura de su salto; su sombra y las zapatillas, porque ¿quién las necesita cuando la audacia es tanta?

L.G.

Entre la esperanza

El movimiento feminista ha tenido un desarrollo visible, audaz y creativo en América Latina. Sustentado en cientos de iniciativas, en redes temáticas y de acción que cruzan y unen la fuerza de las mujeres de todo el continente. A lo largo de casi 15 años, ha desplegado una práctica enormemente cuestionadora pero, como todas las prácticas sociales, también enormemente ambivalente. La realización, desde 1981, de 5 Encuentros Feministas de Latinoamérica y el Caribe, cada dos años primero y luego cada tres, nos provee de una rica experiencia que permite revisar las prácticas y los conceptos que se han ido elaborando, como posiblemente ningún otro movimiento social en América Latina, para pensar estrategias comunes y específicas para cada realidad.

El movimiento feminista: una expresión más del tránsito a la modernidad

El movimiento feminista surge en la fase final de la transición hacia la modernización. Fue influido por ella pero puso en tensión su lógica. Tributario de la expansión de la modernidad y de los efectos parciales de la modernización, se benefició del mayor acceso de las mujeres a la educación, de las migraciones, de la urbanización acelerada, de la ampliación del mercado de trabajo, de los antagonismos políticos provocados por los discursos que apelaban a su subordinación y aquellos que reclamaban su emancipación.

En suma, la expansión de la modernidad y los efectos parciales de la modernización, otorgaron ventajas claras para las mujeres: de ahora en adelante tenían también la posibilidad de rechazar un orden prescrito, de cuestionar el carácter natural de su subordinación, de intentar construir un sentido colectivo a la acción.

Y, en este contexto, aportando enormemente al nuevo clima político y cultural, avanzando con firmeza en el cuestionamiento de los viejos, monocordes y excluyentes paradigmas, revitalizando la dimensión subjetiva, el movimiento feminista se desplegó con fuerza y audacia en toda América Latina. Su surgimiento se alimentó entonces de la disolución de una serie de certezas con las cuales había vivido el continente durante muchas décadas: desde fines de los '70 y a lo largo de los '80 la confianza en las bondades del progreso para todos los ciudadanos y naciones, la capacidad del caudillo carismático para enfrentar los problemas nacionales, la confianza en el Estado y las instituciones y partidos políticos, considerados como motores del cambio social, comienzan a debilitarse. Las dictaduras reinantes en la región se encargaron de cuestionar el mito del progreso, el mito de la inevitabilidad del socialismo y de evidenciar los límites del populismo; el eje de la política se desplaza de la escena pública oficial hacia la sociedad civil (Guzmán, 1990). El surgimiento de sujetos sociales diversos y de movimientos sociales en los que se sienten expresados, contribuyó más que ningún otro hecho a cuestionar algunas de las certezas que el modernismo en sus expresiones populistas y marxistas habían diseminado.

Sin embargo, la contradicción fundamental del modernismo, de impulsar la individualización de la vida social, de abrirse a valores individuales y plurales por un lado y, por otro, aprisionarlos en estructuras monovocales, monológicas y totalizantes reduciendo la pluralidad a un sólo standard (Yeatman, 1989), comienza a desplegarse en toda su complejidad.

Esta contradicción también se expresa en el movimiento feminista, en la manera de considerar a las mujeres y en la autopercepción y prácticas sociales que va generando. Porque el feminismo surgió al mismo tiempo como parte de y como respuesta al modernismo, criticando desde el inicio aunque estuviera influenciado por ellos, los viejos paradigmas de la acción y del conocimiento.

¿Universalidad sin diferenciación?

El movimiento feminista no fue, ni puede ser, ajeno a los tiempos mixtos ni a las corrientes dominantes del pensamiento y la acción política. Como todo movimiento social que surge en la transición a la modernidad, está obligado a construir un sentido para su acción y para la sociedad. Construcción que puede darse desde una visión excluyente o desde la pluralidad.

Desde el comienzo convivieron en tensión (a veces enriquecedora, a veces empobrecedora) la amplitud de visión, las propuestas subversivas frente a la lógica autoritaria de las sociedades latinoamericanas, el reconocimiento de las diferencias, el impulso a la emergencia de voces plurales, la politización de la vida cotidiana - que percibimos ahora como los aportes fundamentales del movimiento feminista en América Latina - en conflicto y/o interactuando con explicaciones causalistas y con lógicas excluyentes, con reduccionismos, mitos, experiencias parciales que buscaban ser universalizadas. Visiones, estas últimas, que aparecen y se disuelven, que no definen permanentemente al movimiento, pero traban su desarrollo democrático. Analizar esta tensión es fundamental para perfilar una política feminista que asuma la democracia en la pluralidad.

Esta tensión es más fuerte y desafiante porque el movimiento feminista, a diferencia de otros movimientos, convive con la pluralidad y asume teóricamente la diversidad y la democracia como el contexto intrínseco y vital para su desarrollo y su razón social de existencia. Y es que dentro del movimiento social de mujeres, el movimiento feminista es la expresión más amplia compuesta al menos por tres vertientes básicas: la vertiente feminista propiamente dicha; la vertiente de las mujeres, cuya vida y compromiso vital transcurre en los espacios institucionales formalizados, tales como partidos, sindicatos y federaciones; y la vertiente de las mujeres «populares» o las que, desde su rol de madres o desde sus responsabilidades familiares, van conquistando su ciudadanía y asumiendo una conciencia de su existencia como género subordinado.

Este movimiento, por lo mismo, no refleja un proceso homogéneo, sino más bien una pluralidad de procesos que muestran las diversas y contradictorias realidades en que se insertan las mujeres y que generan diferentes posiciones-sujeto que no son simplemente reductibles a su realidad de género (Mouffe, 1990). En cada vertiente, las relaciones de género son vividas de manera particular, de acuerdo al peso de las demás posiciones subjetivas, a los diferentes discursos que las acompañan y a las conexiones que las mujeres establecen en diferentes momentos de sus vidas entre sus múltiples subordinaciones.

Las vertientes son espacios, más simbólicos que geográficos, múltiples y discontinuos, una construcción cultural y un punto de referencia sim-

y el desencanto

bólico (Melucci, 1989), que contienen y expresan la forma específica, particular, única e irrepetible en que las mujeres están articulando sus diferentes experiencias de vida, subjetividades, percepciones, posiciones-sujeto. La pluralidad social, cultural, étnica y geográfica del movimiento amplio de mujeres queda plasmada en todas sus vertientes, influyendo en el desarrollo y el perfil que van tomando las actoras sociales (Vargas, 1990).

Esta heterogeneidad dio desde el inicio la base para reconocer identidades diversas, múltiples sentidos de la acción colectiva, espacios diferenciados y múltiples de aprendizaje de relaciones con contenidos más democráticos. Obviamente, el movimiento feminista se ha nutrido de esta heterogeneidad y, más que ninguna otra vertiente, ha contribuido a través de su acción y su propuesta a visibilizar esta riqueza, a desarrollar esta potencialidad, a enfrentar la cultura autoritaria compartida por todo el continente.

Sin embargo, este referente plural no siempre fue asumido en toda su riqueza y complejidad. Nutriéndose de esta realidad, el movimiento feminista al mismo tiempo, ha generado prácticas sustentadas en aquello que se quiso recusar. Las certezas anteriores se rompieron, pero también se generó una práctica compensatoria, mistificadora de la realidad que desde otros contenidos y temas, corría el riesgo del reduccionismo y de la exclusión. No es lo que define toda su práctica, pero sale con más fuerza cuando, como ahora, los cambios en el clima político, económico y cultural no logran generar aún un nuevo horizonte referencial.

Los orígenes de una falsa oposición

Los orígenes del movimiento feminista en América Latina expresaron las características de un amplio sector femenino de clase media, rebelde y cuestionador de los moldes tradicionales que marcaban el destino de las mujeres en nuestras sociedades; mujeres mayormente intelectuales, con significativa experiencia política, que se habían nutrido y desarrollado, a lo largo de los '70 y básicamente dentro del amplio espectro de la llamada «nueva izquierda». Este amplio sector femenino, inspirado en la filosofía de la modernidad, reclamaba la universalidad y la igualdad como un status teórico que aseguraba a las mujeres como sujetos y les significaba el primer gran paso para neutralizar la diferencia sexual. Significaba un enorme progreso en sociedades donde la modernización inconclusa había marginado y/o dejado fuera a enormes sectores de la población.

Pero al mismo tiempo la modernización no las ubicaba como sujetos, la totalidad no las incluía, la universalidad las invisibilizaba. Por lo mismo, la propuesta de las mujeres sólo se podía perfilar en la medida que afirmaba su diferencia, en la medida que al mismo tiempo criticaba el paradigma tradicional de un sujeto único y de un único paradigma de cambio social.



Así, el movimiento feminista se desarrolló en un doble proceso: superar la diferencia sexual tras una universalidad que nos reconociera, pero al mismo tiempo percibiendo la importancia de la diferencia, la urgencia de particularizar la universalidad. Esta tensión entre la universalidad de la propuesta modernista, necesaria pero a todas luces parcial, y la necesidad de afianzar la diferencia y la especificidad de los espacios ha traído grandes dificultades a la práctica feminista.

Porque el peso de la universalidad, y de una cultura política negadora de las diferencias, era tan fuerte que el movimiento comenzó a afirmar las diferencias más en relación a lo externo, hacia fuera de su entorno, sin abordar con igual fuerza las diferencias en el mismo movimiento o dentro de la categoría mujer, incluso dentro de las existencias sociales específicas de las mujeres (Barret, 1990). Sin quererlo se fue produciendo por momentos, una lógica de exclusión, en relación a otras mujeres, a las demás vertientes del movimiento, a otros movimientos, al Estado y a los partidos políticos. La diferencia se tradujo, en muchos casos, en la asunción de cierta esencialidad femenina que facilitaba la distinción con el resto de la sociedad. Éramos diferentes a los hombres, nuestra sensibilidad y subjetividad nos hacía alternativas en la vida personal y en la política. Y éramos diferentes a otras mujeres que no privilegiaban la propuesta de género, que se acomodaban al mundo masculino, que se orientaban básicamente a la familia, etc. Los elementos de una propuesta vanguardista comenzaron a mostrar su perfil.

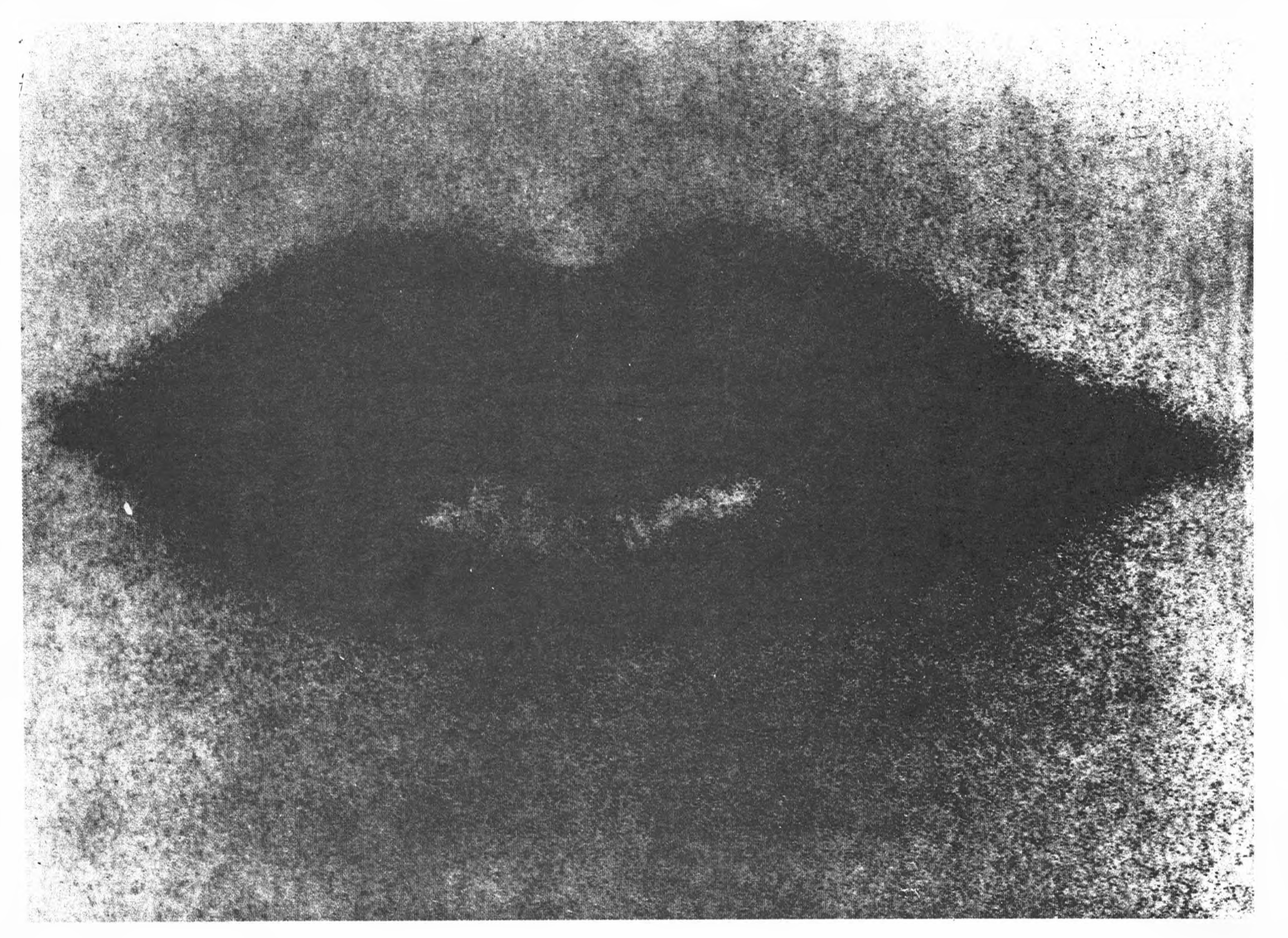
Por otro lado, si bien el movimiento feminista levantaba una propuesta diferente y recusaba las posiciones, en ese momento mayoritarias que consideraban los problemas de las mujeres como secundarios y subordinados a una lógica única, no nos desprendíamos totalmente de la fascinación y facilidad que provee el encontrar explicaciones últimas y globales a la subordinación de las mujeres. Era muy fuerte la tentación de convertir la perspectiva transformadora que abría el feminismo en propuesta global: el patriarcado primero y el género después, fueron también ubicados, sucesivamente, como categorías explicativas únicas de la subordi-

nación de las mujeres. Era inevitable quizá en una primera etapa, caracterizada por una «escisión» momentánea de la dinámica social (Gramsci), y que permitió un período muy rico en lecturas y discusiones teóricas intensas y una activa militancia autónoma, y que nos facilitó poner sobre el tapete social la subordinación de las mujeres en el continente. Pero esta tentación, al unirse a toda la otra forma de interpretar el mundo, produjo una cierta visión omnicomprensiva no sólo de la vida de las mujeres sino también de la dinámica social. La diferencia también se convirtió en universalidad. Ello acercó peligrosamente el movimiento al reduccionismo tan criticado.

Es en la relación del movimiento feminista con otros sectores de mujeres y con otras vertientes del movimiento amplio donde se ve más claramente la influencia del populismo, por un lado, y la visión vanguardista de la izquierda, por otro.

Así, la incorporación del criterio de la igualdad, sin mediaciones, al conjunto de mujeres llevó a asumir que los procesos debían ser más o menos homogéneos, generalizando una percepción y un estado de ánimo como lo válido y único posible. Este análisis de la dinámica social se extendió a la dinámica del movimiento social de mujeres, desconociendo en la práctica la especificidad y la pluralidad contenidas en sus vertientes y asumiendo que esa explicación última y universal era la clave para la unidad interclasista y transcultural. La asunción de las diferencias quedaba así solucionada momentáneamente: todas podíamos llegar a tener conciencia de género, en un proceso más o menos largo, más o menos complejo, y lo importante entonces era clarificar al movimiento de mujeres o incidir en las prácticas que rescataran claramente la dimensión de género para avanzar en el desarrollo de una nueva identidad.

A pesar, entonces, de las profundas rupturas con la lógica política imperante, a pesar de la crítica certera a las visiones totalizantes y vanguardistas de los partidos políticos, subsistió con fuerza esta misma lógica en nuestros acercamientos a la realidad de las mujeres de las demás vertientes del movimiento. De alguna forma, seguía flotando la idea de que «un orden social justo sería aquel impuesto por las mayorías oprimidas lideradas por vanguardias esclarecidas que con su accionar no sólo estarían remediando desequilibrios e iniquidades ancestrales sino que en su mismo accionar estarían haciendo triunfar la verdad» (Piscitelli, 1988, p. 75).



En efecto, desde el inicio, el problema de la conflictiva diversidad social y política entre mujeres fue una preocupación fundamental, el feminismo en América Latina y el Caribe, como señala Feijóo, *«...intuyó con dificultades y gran esfuerzo, que su única salida del ghetto intelectual consistía en incorporar la problemática del conjunto de mujeres más vulnerables de la región en el marco de una propuesta teórica y organizativa»* (Feijóo, 1990); ello expresaba, según muchas, el sello específico del feminismo latinoamericano respecto a otros feminismos de los países industrializados.

En esta primera apuesta, políticamente acertada, se filtraron sin embargo una serie de fantasmas de viejas prácticas. Dos elementos reflejan claramente esta afirmación: por un lado, el acercamiento a las mujeres populares se sustentaba más en los recuerdos de las prácticas anteriores que predeterminaban que sólo en las clases populares estaba la posibilidad real de cambio (y se alimentaba de una especie de conciencia culposa por asumirse feminista, por ser de clase media, por la necesidad de evidenciar que no éramos influenciables por el feminismo foráneo ni éramos insensibles a la realidad de pobreza y desigualdad en nuestros países). Es decir, el acercamiento estaba teñido por nuestra previa experiencia partidaria y por nuestra experiencia de vida y por otro lado, las dificultades de comprender la complejidad y ambivalencia de las prácticas sociales de las mujeres llevó a colocar en otras mujeres aspiraciones y visiones propias del sector de mujeres que integraba inicialmente el movimiento feminista.

Ello llevó a su vez a desarrollar dos visiones polares: la primera contenía una enorme idealización de la práctica social de las mujeres, sobre todo las que eran populares, descubriendo rápidamente semejanzas entre nuestros procesos personales y los de las «otras».

«...Curiosamente, el feminismo cayó reiteradamente en una lectura cifrada cuya clave mágica se encontraba en la noción de resistencia. Así, pequeñas acciones cuyo sentido era necesario buscar fueron transformadas por la lectura en formas de resistencia a la opresión simultáneamente femenina y de clase». (Feijóo, 1990)

La segunda visión contenía un profundo escepticismo porque la subordinación de las mujeres se imponía a su resistencia. Resistencia y subordinación eran vistas como dos situaciones polares, sin mediaciones y sin ambivalencias, sin hilos de continuidad en referencia limpia al género y sin influencia de otras posiciones-sujeto.

Estas visiones restringidas de género nos

acompañaron durante mucho tiempo. Ello llevó también a privilegiar a un tipo de mujeres más que a otras: mujeres organizadas, de historia de vida y trayectoria semejante, amas de casa populares. La educación popular, entendida simplistamente como fórmula mágica para cambiar conciencias, completó este acercamiento del feminismo a las otras vertientes del movimiento. Influida por ellas, la propuesta feminista, aunque subversiva en su recuperación de la vida cotidiana, tendió a confundir este énfasis en la vida cotidiana, en los valores alternativos, con una sacralización de lo micro, de lo pequeño y a confundir las percepciones femeninas inmediatas con estrategias de cambio.

Los encuentros feministas

Estas visiones se han incubado y expresado acumulativamente en los diferentes Encuentros Feministas, pero han desplegado toda su complejidad en los dos últimos realizados, coexistiendo obviamente con otras lógicas y apuestas más plurales. No es sólo un asunto de bandos, o de posiciones polares, es una práctica arraigada desde el inicio y que todas en algún momento hemos compartido. Sólo cuando el movimiento se ha expandido, volviéndose más variopinto y colorido ha comenzado a expresarse como limitación para el despliegue de la diversidad en el movimiento.

Los mitos del movimiento feminista

Es en el clima del IV Encuentro donde surge la reflexión sobre los «mitos». Fue allí donde se cristalizó la tensión entre los ideales políticos y las prácticas sociales reales del movimiento feminista. En torno a ésta discusión se empezó a evidenciar que la utopía feminista, tal como era concebida en ese momento, estaba en crisis.

Esta crisis, percibíamos, tenía que ver con las dificultades que enfrentábamos al tratar de imaginar un futuro sin subordinaciones para nosotras y para la humanidad. Nuestras utopías, con la carga de la «consistencia ideológica», que ya he descrito anteriormente, fue percibida como una meta aquí y ahora, que se podía conquistar en el mundo alternativo y diferente de las mujeres.

Pero este hecho no es necesariamente una característica del movimiento feminista, sino más bien un signo general de la época que afecta a América Latina de manera particular.

«Hoy estamos viviendo un bloqueo de las perspectivas. Es difícil encontrar otra época en que se haya oscurecido tanto el sentido del 'desarrollo' o, si se quiere, el sentido 'místico' de nuestra historia. Vivimos hoy un sentimiento de pérdida de futuro». (Welffort, 1990, p. 36)

Posiblemente por ello hay, en nosotros y nosotras, una dificultad creciente en pensar lo imposible, una crisis de sentido de las cosas, donde los principios para el futuro son débiles y contradictorios. Lo que influye en que la reflexión sobre un horizonte utópico esté, sino totalmente ausente, al menos opaco (Lechner, 1986).

Y frente a ello, el movimiento feminista generó sus propios mecanismos de compensación. Surgió una utopía que no se sustentaba en una racionalidad modernista. Así, se comenzó a definir la utopía en términos de lo que no se quería, más que en relación a lo que verdaderamente se aspiraba. El desafío era enorme. Cómo imaginarnos a nosotras mismas en un mundo diferente, en una realidad compleja y atestada de miedos y defensas. Con dos abordajes interrelacionados se acercó el movimiento a esta amenazante realidad, tratando de disimular nuestros miedos, apelando a interpretaciones compensatorias y empobrecedoras de la complejidad de este movimiento que día a día, país a país, tercamente afirmaba su complejidad: por un lado una aproximación obstinada a una Utopía todavía incierta y sólo delineada, como guía a la cual deben adecuarse nuestras prácticas sociales, y por otro, un distanciamiento del verdadero contenido de las prácticas sociales que, aunque denominadas por dificultades, ambivalencias y dudas, podrían lentamente construir lo que podría ser un nuevo horizonte referencial.

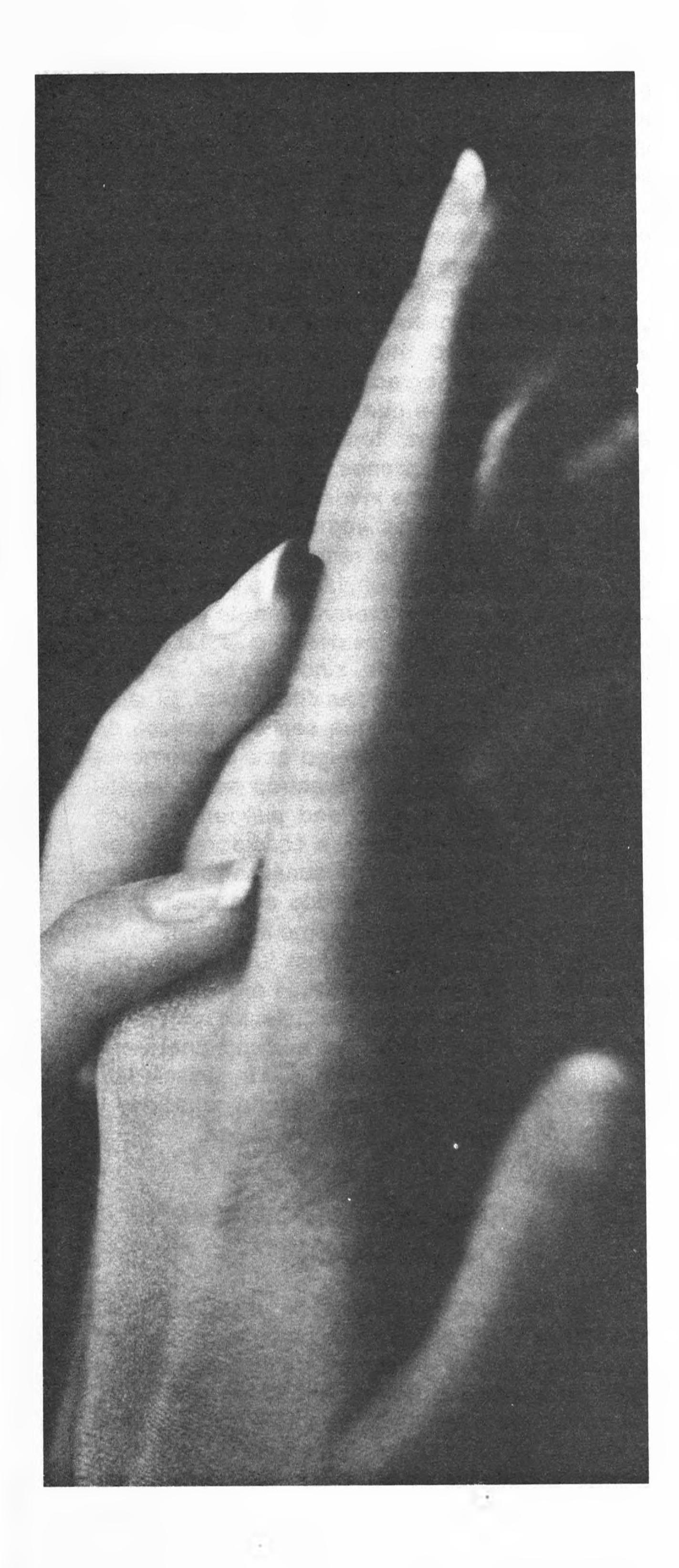
Esto llevó a reemplazar el análisis y/o negar las contradicciones que vivíamos, construyendo mitos sobre lo que éramos como movimiento, que no correspondía a la realidad y que hacían verdaderamente difícil consolidar una política feminista realmente coherente y a largo plazo. Estos mitos - aún subsisten muchos de ellos - no constituyen una utopía sino más bien nos acercan peligrosamente a una imagen del futuro tramposa y corrupta porque se sustentan en una visión egocéntrica y excluyente. Son mitos que conllevan una especie de contrapropuesta al poder patriarcal, aludiendo a una capacidad femenina que no puede, supuestamente, ser alcanzada por las contradicciones, una suerte de esencialismo que algunas autoras han llamado el «mujerismo» (Lamas, 1990). Estos mitos incluyen de una manera u otra una visión inmediata del futuro. ¿Queremos una sociedad donde las diferencias no sean una amenaza y fuente de desigualdad y poder? ¿Donde la subjetividad tenga lugar? ¿Donde el conflicto no nos destruya? ¿Donde los hombres no nos paralicen e invadan nuestros espacios? ¿Donde las mujeres sean valoradas y así sucesivamente? Son miedos personales y sociales los que han alimentado los mitos y que nos han llevado ilusamente a creer que: «a las feministas no nos interesa el poder»; «las feministas hacemos política de otra manera, diferente y mejor que los hombres»; «todas las mujeres somos iguales»; «hay una unidad natural por el hecho de ser mujeres»; «el feminismo es una política de las mujeres para las mujeres»; «cualquier pequeño grupo es el conjunto del movimiento»; «los espacios de mujeres son en sí mismos garantía de un proceso positivo»; «porque yo, mujer, lo siento, es válido»; «el consenso es democracia».

Es fácil percatarse que ninguna de estas afirmaciones es verdadera: tenemos contradicciones innatas, asumimos patrones de comportamiento tradicionales cuando nos involucramos en la política; no todas las mujeres somos iguales, aunque esta afirmación provoque respuestas autoritarias que niegan nuestras diferencias. El consenso puede encubrir una práctica profundamente autoritaria cuando sirve para acallar las diferencias. La unidad entre mujeres no está dada, sino más bien es algo a construir, en base a nuestras diferencias. El feminismo no es ni queremos que sea una política de mujeres para mujeres, sino algo que los hombres también deberían asumir. Nuestros sentimientos personales, nuestra subjetividad pueden también tornarse arbitrarias, cuando se considera sólo en su dimensión individual. Lo personal tiene el potencial de ser convertido en político sólo cuando se combinan tanto la conciencia como la acción.

El documento sobre los «mitos» tuvo un gran impacto en el movimiento; se convirtió en «herramientas de avance al interior del movimiento, rompió las barreras del romanticismo y acaramelamientos» (Tornaría, 1991) lo que expresa que el feminismo latinoamericano tiene también una enorme capacidad y necesidad de revisar sus prácticas sociales.

De los mitos a la amenazante diversidad

A San Bernardo, Argentina, llegamos en 1990 a celebrar el V Encuentro Feminista luego de tres años de realizado el Encuentro de Taxco. El clima político de América Latina en ese lapso incorporó, mucho más que antes, la democracia como aspiración y como valor; contribuyó a ello la crisis de los gobiernos autoritarios en la región, los procesos de transición democrática, la caída de los regímenes del Este y, aunque con menos trascendencia actual pero con gran proyección futura, la crisis de las izquierdas



en el continente. El desencanto generalizado en el cual tuvo peso incuestionable la permanencia y crudeza de la crisis económica y la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas, aumentó el distanciamiento frente a la propuesta de cambio basada, exclusivamente, en la lucha de clases y en la lógica de la guerra y dio lugar a concepciones más democráticas, más concertadoras y más plurales.

El movimiento feminista se explayó más en este clima y aportó a estos cambios. Por ello mismo quizá, pudo expandirse a nuevos espacios y nuevas mujeres que traían diferentes experiencias de vida, diferentes subjetividades, diferentes problemáticas. Así, algunos mitos fueron revisados, replanteados; pero no se logró remover totalmente esa utopía opaca y defensiva, que trababa nuestro andar democrático.

En Argentina, este proceso de desencantos y desencuentros se expresó en una tensión, ya presente en el movimiento, pero desplegada ahora con mucha más fuerza que antes: el problema del respeto a la diversidad.

En efecto, la expansión del movimiento feminista en América Latina en el último período consolidó y generalizó el proceso que había vivido en México: las asistentes al V Encuentro ya no éramos sólo o básicamente las feministas de los grupos autónomos, de una militancia clara y explícita alrededor de la problemática de género, de los centros feministas a tiempo completo dedicados a esa problemática. Ahora, la composición era otra: además de las cristianas, ecologistas, pacifistas, investigadoras, lesbianas, heterosexuales, centroamericanas, conosureñas y andinas, de una cultura urbana de clase media la mayoría de ellas, estuvieron las negras, las indígenas de Honduras, México, Perú, Bolivia, Argentina; las pobladoras guatemaltecas, mexicanas, brasileñas, las sindicalistas argentinas, uruguayas, peruanas. Viejos y nuevos temas se discutieron, se polarizaron, se coordinaron. Las académicas feministas por primera vez hicieron talleres propios, las militantes de partidos políticos por primera vez se unieron para diseñar su estrategia feminista al interior de sus partidos; las indígenas levantaron los temas del racismo, la cultura, la etnicidad; las parlamentarias y las feministas autónomas que habían incursionado en los gobiernos en el diseño de políticas hacia la mujer, se interesaron en analizar su experiencia; las lesbianas trabajaron un taller sobre la lesbofobia en el movimiento feminista; las esotéricas organizaron hermosas ceremonias nocturnas en la playa, a la luz de las velas.

Fue también un Encuentro menos ideologizado, sin grandes teorías explicativas, interesado en responder y definir estrategias específicas frente a problemáticas concretas y acotadas; se incorporaron nuevas fechas al calendario feminista latinoamericano: un día para impulsar la lucha latinoamericana por el derecho al aborto, otro para analizar y denunciar la imagen de la mujer en los medios de comunicación. Se construyeron nuevas redes que abarcaban la diversidad presente: de historiadoras feministas de América Latina y el Caribe, de las feministas de partido, de la defensa del medio ambiente, de las investigadoras académicas. Y es que todas las mujeres, en su enorme diversidad, estaban interesadas en estar, en ser parte, en ser reconocidas dentro del movimiento. Todas ellas buscando, mucho más explícitamente que antes, interactuar con la sociedad desde diferentes ángulos y temas, desde diferentes espacios, desde diferentes culturas, buscando ser interlocutoras válidas del feminismo hacia el conjunto de la sociedad.

Muchas también reclamando con fuerza y como derecho un espacio dentro del movimiento, criticando antiguos liderazgos, criticando la institucionalidad y el poder, expresando sus resentimientos por el dinero que los grupos más antiguos manejaban y al que ellas no podían acceder.

Todas, o casi todas, asumiéndose feministas, a su modo, con sus diferencias y subjetividades a flor de piel.

Fue la explosión de una pluralidad en acción, en búsqueda de espacios y respuestas, pero también fue una pluralidad incómoda, demandante, mucho más difícil de asumir porque las mismas condiciones del Encuentro contribuían a la fragmentación más que al reconocimiento de la pluralidad. Las urgencias subjetivas de unas se confrontaban con las urgencias subjetivas de las otras; los miedos más profundos se concentraron. Era como si, simbólicamente, todas vivieran atemorizadas que la pureza de lo propio sea contagiada por lo ajeno (Lechner, 1989). Ante ese miedo, las barreras defensivas son más grandes y más fuertes; la pluralidad se vive como desintegración, como pérdida, como caos.

El V Encuentro corrió el riesgo de ser un des-encuentro; las posiciones diferenciadas, que ya se per-

filaron en México, se dio con mucha más fuerza y tensión entre las que querían delimitar el campo feminista y asegurar el compromiso claro y sin mediaciones con la propuesta de género y las que, asombradas e incómodas también por el despliegue de la pluralidad, apostábamos sin embargo a ella.

A esa tensión trató de responder el documento del Taller: «Feminismo de los '90: desafíos y propuestas», que tuvo una enorme acogida entre las participantes y que pareció «...meterse en las heridas del movimiento...» (Tornaría, 1991). Porque, a pesar de las dificultades, de las prácticas contradictorias, todas sabemos que ser incapaces de aceptar las diferencias en el movimiento, reduce nuestras posibilidades de concebir un futuro donde el reconocimiento recíproco y la pluralidad sean las aspiraciones fundamentales.

El reto está planteado; el siguiente Encuentro Feminista, esta vez en Centroamérica, contendrá nuevamente esta tensión, porque lo que echamos a andar hace casi 15 años, por suerte ya no nos pertenece en exclusividad. Las reglas del juego ya no son definidas por el grupo inicial que impulsó el movimiento, sino que éste va tomando la tónica de quienes lo componen. No cabe ya un grupo que esclarece a las otras; estamos más bien frente a una dinámica social donde comienzan a interactuar, en igualdad de condiciones, todas las experiencias y lenguajes de las mujeres que se sienten parte del movimiento.

A modo de conclusión

«La fuerza de la democracia es, para los países latinoamericanos, la fuerza de la esperanza». (Welffort, 1990)

Este complejo proceso de desarrollo de los movimientos sociales en América Latina, se ubica en el cruce de dos etapas históricas: la moderna inconclusa y una nueva, por definirse, cuyos inicios parecen expresarse en la postmodernidad.

Estamos presenciando el fin de la transición a la modernidad inconclusa, que nos deja, sin embargo, tareas fundamentales por hacer y nos deja también las limitaciones de su propia racionalidad. Modernidad que en su desarrollo trunco, ha seguido manteniendo elementos premodernos, corporativistas, estamentales, patriarcales, antidemocráticos, propios de la sociedad tradicional, presentes aún en la sociedad, el Estado y la mentalidad colectiva. Estamos también presenciando el surgimiento del desencanto de la post-modernidad, cuya problemática, horizontes y características no acaban, sin embargo, aún de definirse en América Latina.

En este contexto, el debate dentro del movimiento feminista sobre la diversidad es un debate también teñido por las ambivalencias del tránsito de una etapa a otra. Por ello, el respeto a la diversidad pasa a convertirse en el vértice de confluencia de etapas y tareas inconclusas y de las propuestas futuras, influyendo en la forma en que el movimiento se piensa a sí mismo y se despliega hacia las mujeres y hacia la sociedad. Es un nudo tenaz, que se instala en el corazón mismo de la propuesta democrática que mujeres y hombres necesitamos construir en América Latina.

El dilema no es simple. Aceptar el pluralismo sin un orden colectivo, sin una orientación de la acción, puede también condenarnos a la fragmentación. Y puede significar ceder, también, a otra tentación: la del relativismo total, renunciando a la posibilidad de construcción de movimiento. Y esa tentación es grave. Porque no se trata de abandonar el proyecto ético político de la emancipación, no se trata sólo de construir movimiento sustentado en visiones más plurales y diversidades múltiples en interacción, sino también encarar las diferencias que se sustentan en las desigualdades ancestrales del continente, que el modernismo no encaró y que afectan a las mujeres de manera profunda y particular; se trataría entonces de «...pensar el universalismo político de la ilustración, las ideas de autodeterminación individual y colectiva, de razón y de historia de una nueva forma» (Wellmer, 1988).

¿Cómo pensar de una nueva forma América Latina? ¿Cómo recuperar la visión de futuro viable y democrático cuando las condiciones económicas, sociales y políticas del continente tienden a negarla?

«...quien acepte que la consolidación de la democracia está aún por llegar debe admitir también la fragilidad de las conquistas democráticas realizadas hasta ahora y, por lo tanto, la posibilidad que se produzcan crisis y eventualmente retrocesos. Por último... aquí la democracia no fue concebida jamás como el único camino para la construcción de las sociedades y de los estados... las luchas democráticas de los últimos decenios, por fundamentales que hayan sido, no han logrado exorcizar todos nuestros viejos demonios autoritarios». (Welffort, 1990)

¿Cómo ir desbrozando un camino en este cruce histórico? El movimiento feminista debe saber manejarse entre la esperanza y el desencanto. Ello es urgente, pero también factible. Porque lo que el movimiento feminista ha echado a andar en el continente se sustenta en una racionalidad alternativa, que está metida en sus pliegues y que necesita ser desplegada en toda su dimensión. Ello es más factible si se abandonan los mitos románticos y esencialistas sobre nuestra condición, si se ahuyenta el fantasma de los viejos paradigmas. Para ello es fundamental reconocer que este nuevo momento del feminismo implica asumir que la articulación del movimiento no se puede dar en base a una única dinámica o a partir de un eje exclusivo y privilegiado, sino a partir de la articulación de las diferencias, de las racionalidades múltiples y diversas que se han instalado ya en el movimiento.

Ampliar la mirada hacia dentro del movimiento es fundamental, pero también hacia las otras experiencias y movimientos que buscan hacer lo propio. La simultaneidad de existencia con otros movimientos sociales abre una enorme riqueza, básicamente porque revela que estamos viviendo un período donde «...el mundo abre de nuevo opciones de sentido, de racionalidad alternativa». (Quijano, 1990)

Serán muchas más mujeres expresando los tiempos mixtos, la multiculturalidad, plurietnicidad y todas las otras complejas diferencias del continente las que llegarán a reclamar su espacio. Tenemos que imaginar nuevas formas de encontrarnos, de evitar que la pluralidad nos desborde, de idear formas institucionales que articulen esta pluralidad con los procesos de individuación e iniciativa personal. Nos queda tiempo, de aquí al siguiente Encuentro Feminista, de producir un orden colectivo democrático en el movimiento, no definido sobre la base de una identidad única, normativa o mítica, sino sobre las múltiples identidades y formas de encarar nuestra emancipación. Nos queda tiempo y ganas para revisar nudos e intolerancias, para finalmente asumir la diferencia en toda su rica y amenazante complejidad.

Virginia Vargas

N. de R.: Del libro *«Cómo cambiar el mundo sin perdernos»*, extractado del capítulo «El movimiento feminista latinoamericano: entre la esperanza y el desencanto».

Conviene no perder de vista que en Centroamérica, a diferencia de lo ocurrido en los países europeos por ejemplo, la lucha feminista está fundamentalmente impulsada por mujeres que provienen de los movimientos populares y revolucionarios, y que sigue militando en ellos. La mayoría de las feministas son, por tanto, militantes de los procesos de transformación en sus países, con una larga experiencia personal de involucramiento en luchas sociales y políticas diversas y, en consecuencia, con una amplia gama de afinidades ideológicas y afectivas que estructuran en ellas identidades políticas complejas.

Observamos que, en la etapa actual de desarrollo de la identidad feminista en Centroamérica y con los antecedentes que hemos venido analizando, las feministas que son también militantes partidarias viven un conflicto, al que denominamos «escisión vital», entre dos componentes fundamentales de sus identidades políticas:

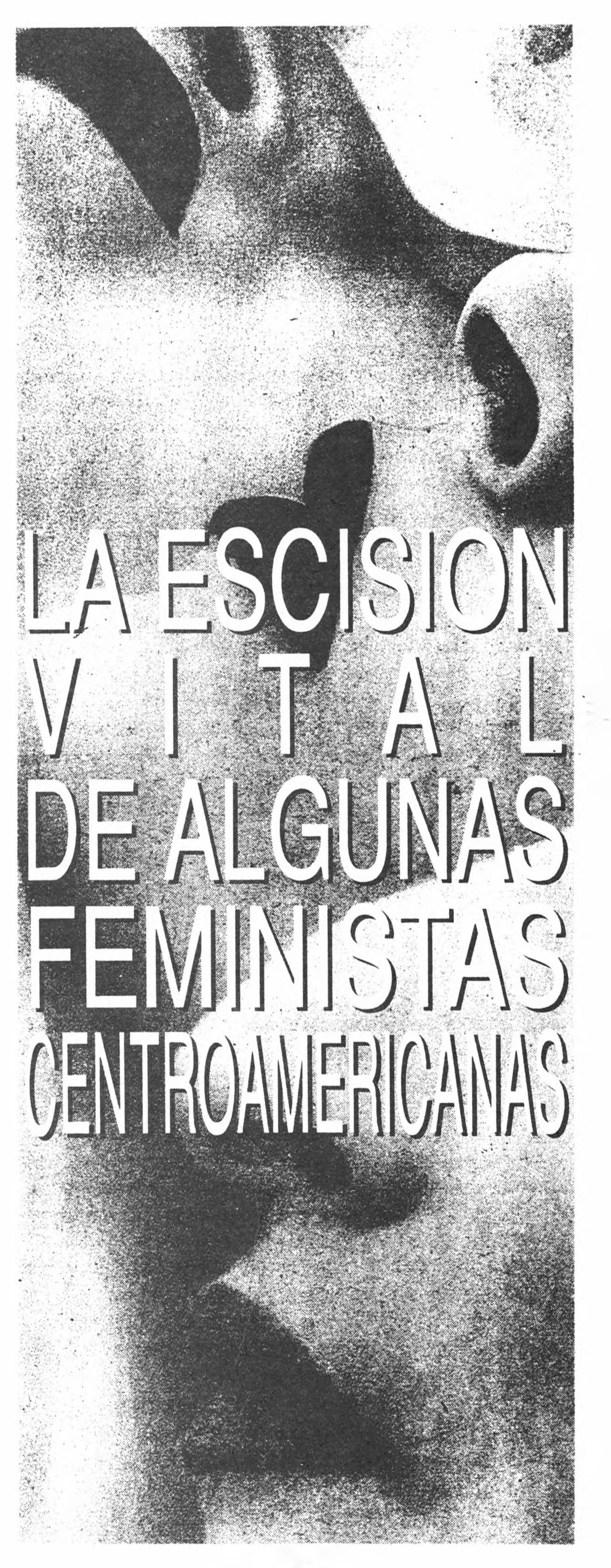
- Por un lado, siguen adhiriéndose a un proyecto político revolucionario y a las organizaciones que lo impulsan, a pesar de cuestionar fuertemente tanto a aquél como a éstas. No obstante, este cuestionamiento encuentra en ellas mismas resistencias derivadas del hecho de que su lealtad a ambos constituye un elemento importante de su identidad.

Ellas han contribuido a poner en pie estas organizaciones y les han dado muchos años de su vida («los mejores años de mi vida», diría más de una); las han construido con afectos y no solamente con ideas; a ellas pertenecen sus compañeros, amigos y amigas; por ellas han dado la vida muchos de sus seres queridos. En suma, son también su obra y fuente importante de su autovaloración.

- Por otro lado, en su trabajo con mujeres, han descubierto el feminismo y en él un nuevo aliciente para su crecimiento personal y su práctica política. Se adhieren afectivamente a la propuesta feminista aunque todavía no se apropian integralmente de ella.

Están inmersas por tanto, en un conflicto de lealtades a dos propuestas que no acaban de conciliar y que por tanto, las desgasta y les ocasiona profundas crisis, individuales y colectivas. Su «escisión vital» se manifiesta cotidianamente cuando tienen que decidir dónde ponen sus energías o cuáles son sus prioridades; cuando no saben si son las militantes que van al movimiento de mujeres a llevar la línea partidaria o las feministas que desde el movimiento de mujeres van a tratar de transformar a su organización; cuando pretenden impulsar nuevas formas de trabajo sin poder desprenderse de las aprendidas en la vida partidaria.

En resumen: ya no se sienten las militantes obedientes de antes que asumían las tareas sin cuestionarlas, pero todavía no son feministas convencidas que defienden sus planteamientos donde quiera que actúan.



Los conflictos de lealtades

Llegadas a esta parte del escrito nos preguntamos: ¿qué han hecho las mujeres militantes al descubrir una propuesta feminista que les atrae pero también les asusta, que les sugiere reflexiones útiles pero les parece en algunos aspectos demasiado radical? ¿Cómo han integrado a sus esquemas de pensamiento enfoques nuevos que remueven las concepciones que venía sustentando? ¿Cómo han compaginado en sus prácticas políticas formas de hacer tan dispares? ¿Cómo han tratado de resolver sus conflictos de lealtades?

Es notorio el hecho de que las feministas centroamericanas han adoptado, de manera generalizada, el concepto de «perspectiva de género» para denominar, hacia afuera y hacia dentro de sus organizaciones, el enfoque de su trabajo. Pensamos que esta formulación ha sido adoptada por su utilidad en el momento de enfrentar algunos de los conflictos anteriormente aludidos, y les ha permitido limar las aristas más cortantes de la propuesta feminista mediante varios mecanismos:

- Abordando, bajo la denominación de «perspectiva de género», apenas algunas de las manifestaciones de la opresión de las mujeres (tal como ésta se presenta en sociedades capitalistas subdesarrolladas como las centroamericanas), han relegado el análisis de las relaciones desiguales y jerárquicas entre los géneros y sus implicaciones sociales, que es el núcleo del enfoque teórico feminista.
- Limitando su accionar al abordaje de algunos temas (particularmente los de violencia, salud, socialización del trabajo doméstico y del cuidado de las niñas/os), no han logrado articular una estrategia que cuestione las bases de la opresión femenina y que proponga alternativas.
- Han puesto en marcha servicios para las mujeres en torno a algunos problemas (salud, anticoncepción, violencia y discriminación jurídica) y a la solución de algunas demandas relacionadas con la sobrevivencia económica (mediante el impulso de proyectos generadores de ingreso, entre otros), sin acompañarlos de los debates ideológicos que permitirían ubicar estos servicios en el marco de la construcción del movimiento y la generación de poder para las mujeres.
- Han reducido la práctica política feminista a la proclamación de demandas abstractas y gene-

rales por «los derechos de las mujeres», la recuperación de su «dignidad» o el logro de «su plena participación social», sin concretarlas en propuestas de cambios jurídicos, de nuevas políticas públicas o de estrategias para transformar a favor de las mujeres la correlación de fuerzas en las instancias de poder.

Como resultado de estos mecanismos (más fruto de su deseo de adaptar el feminismo a las condiciones particulares de la región, que de una voluntad consciente de desfigurarlo), las feministas centroamericanas que militan en organizaciones de izquierda han privado, en buena medida, al feminismo de su carácter subversivo y lo han hecho aparecer, bajo la denominación de «perspectiva de género», como una propuesta aceptable.

Como consecuencia de lo anterior, la «perspectiva de género» se ha paseado por todo Centroamérica siendo incorporada por cuanto grupo, organismo o institución (incluidas las instancias gubernamentales, los organismos internacionales, la academia y las agencias financieras) muestra un mínimo de interés por la situación desfavorecida que viven las mujeres. Este concepto, si bien fue creación de las feministas, hoy sirve a todo el espectro de fuerzas políticas, desde la extrema izquierda hasta la derecha más tradicional, como soporte conceptual del trabajo hacia las mujeres.

Un resultado paradójico de todo ello es que las feministas han ido perdiendo banderas de lucha a medida que mujeres de la derecha, fuera y dentro de los gobiernos, levantan propuestas organizativas y políticas animadas por la «perspectiva de género». El ejemplo más notable han sido las actuaciones del Movimiento Femenino de Costa Rica organizando a mujeres mediante proyectos de guarderías y de viviendas populares y movilizándolas para la aprobación del Proyecto de Igualdad Real de la Mujer con el apoyo del Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia. En el caso de El Salvador, el trabajo realizado por la Secretaría Nacional de la Familia en torno a la violencia de género ejemplifica bien cómo se puede trabajar con «perspectiva de género» sin entrar en contradicción con los presupuestos ideológicos y políticos de la extrema derecha salvadoreña. Por otro lado, la derecha nicaragüense en el gobierno prepara también su ofensiva en este terreno con la elevación del INIM a la categoría de Ministerio y la creación de una Comisión Nacional Contra la Violencia hacia las Mujeres, auspiciada por la presidenta de la República.

Una segunda manera de enfrentar los conflictos de lealtades ha consistido en decantarse hacia la dependencia, no necesariamente orgánica pero sí ideológica y política, respecto a la organización partidaria. Es el caso de varias de las organizaciones de mujeres en Nicaragua, El Salvador, Honduras y Guatemala. Este camino es transitado particularmente por comisiones y secretarías de la mujer de organismos populares mixtos (sindicales, gremiales o vecinales), quienes reciben más presiones para que antepongan los intereses de la organización mixta a los de las mujeres del sector o a los del movimiento de mujeres.

Una tercera forma ha consistido en abandonar las organizaciones partidarias, bien por cansancio o por desesperar de la posibilidad de transformarlas en un sentido feminista. Las posiciones de algunas corrientes feministas que consideran la independencia orgánica de los grupos de mujeres condición y garantía de la orientación feminista de su trabajo, han propiciado esta manera de resolver los conflictos de lealtades.



A nuestro entender, ninguna de estas salidas que aparentan resolver la «escisión vital» de algunas feministas, contribuyen a construir fuerza feminista organizada dentro de los movimientos de mujeres. Como muestran repetidas experiencias, salirse de las organizaciones partidarias no garantiza la autonomía ideológica y política, ni mucho menos la orientación feminista, del trabajo con mujeres. Diluir los contenidos de la propuesta feminista o condicionarlos a las prioridades establecidas por los organismos partidarios, tampoco son buenos caminos para construir estrategias de lucha de las mujeres.

Yo soy feminista, yo tampoco

La «escisión vital» de algunas feministas se manifiesta por lo menos en tres aspectos de su práctica teórica y política: en el uso de la «perspectiva de género» como categoría política, en la defensa de la autonomía para el movimiento de mujeres y en algunos aspectos relacionados con los valores ideológicos y la cultura política.

«Abordamos la situación de las mujeres desde una perspectiva de género, clase y etnia; nosotras no somos feministas», decía no hace mucho una dirigenta guatemalteca. Manifestaciones como ésta ejemplifican la contraposición que se viene haciendo entre feminismo y «perspectiva de género», y que, a nuestro parecer, merece un comentario.

El concepto género fue adoptado por las feministas como una categoría de análisis útil para diferenciar las características biológicas, el sexo, de aquellas otras aprendidas en el proceso de socialización de los seres humanos. En tanto explica la forma en que las diferencias anatómicas se convierten en desigualdades sociales, permite sacar la opresión de las mujeres del terreno de las determinaciones biológicas y ubicarla en la categoría de construcción histórica y cultural. Es por ello que este concepto resulta imprescindible para analizar la condición subordinada de las mujeres.

Esta categoría analítica llegó a Centroamérica a mediados de los ochenta de la mano de investigadoras feministas que en sus estudios profundizaban sobre cuestiones como «la construcción social del género», la «división genérica del trabajo» o «las relaciones de poder entre los géneros», usando el concepto género como herramienta para la elaboración teórica.

Más adelante comenzó a ser utilizado por las feministas centroamericanas con un sentido diferente. En su práctica política para evitar los rechazos que la palabra feminismo despertaba en el movimiento popular, adoptaron la palabra «género» como sinónimo de «mujer» y empezaron a llamar «problemática, perspectiva o enfoque de género» a todo lo relativo a la situación de las mujeres en la sociedad.

Una interesante paradoja se desprende de ello: se hace uso de un concepto fundamental de la teoría feminista al mismo tiempo que se niega la propuesta que lo sustenta. Propuesta, la feminista, que no sólo alude a las necesidades e intereses inmediatos de las mujeres (su situación como género), sino que analiza las causas de la condición femenina subordinada, señalando como tales: la identificación de la sexualidad con la reproducción, la división genérica del trabajo, la obligatoriedad de la maternidad y la exclusividad del trabajo doméstico para las mujeres, la división entre lo público y lo privado y la desvalorización de todo lo que hoy se identifica como femenino (sentimientos, subjetividad, afectos, etc.), mediante una ideología que sostiene y reproduce como «naturales» lo que en realidad son construcciones sociohistóricas.

Desde el reconocimiento teórico de que la diferencia no tendría que implicar desigualdad, el feminismo deduce acciones políticas. Concibe también la construcción de un nuevo sujeto para la transformación social: las mujeres. Mujeres necesitadas de poder propio (personal y colectivo), autonomía y formas organizativas, que les permitan llevar adelante la tarea de desconstruir relaciones que las mantienen oprimidas y presas de una identidad en función de otros y para otros.

Del análisis feminista se desprenden interpretaciones de la realidad que no son únicamente válidas para las mujeres, pues reconociendo la desigualdad y jerarquía existentes entre los géneros, el feminismo propone la construcción de nuevas relaciones personales y sociales.

Sin embargo, cuando en Centroamérica se habla de «perspectiva de género» se alude, en general, a las demandas derivadas de los intereses inmediatos de género de las mujeres, y en particular, a aquellas cuya solución camina en el mismo sentido que las reivindicaciones del movimiento popular y revolucionario. La experiencia de Nicaragua durante la década de gobierno sandinista ilustra la forma en que los problemas de las mujeres, abordados desde este enfoque, resultan ser en mayor medida ejes que las movilizan en apoyo a las luchas populares, que propuestas políticas subvertidoras de las relaciones opresivas entre los géneros.

Creemos que la «perspectiva de género» ha sido tan masivamente adoptada porque acarrea también algunos beneficios políticos. Asumiendo como tal cuestiones más cercanas al encierro doméstico y a la marginación laboral, social y política de las mujeres, que a la opresión de los hombres sobre éstas en todos los planos de la vida, muchas militantes partidarias han modernizado aquella vieja formulación de la «cuestión de la mujer» sin apenas cambiarle sus contenidos.

Tiene también utilidad para algunas otras interesadas en estrechar relaciones con las instituciones dedicadas al tema de la mujer, tanto a nivel gubernamental como internacional. Son conscientes de que si se acercan a éstas con la bandera del feminismo el rechazo es más que seguro; sin embargo, la «perspectiva de género» es patrimonio común que facilita el diálogo.

Por último, no deja de ser útil el concepto en términos económicos pues las feministas del Norte, que entienden el género como una categoría nítidamente feminista y sin ambigüedades, se muestran anuentes a apoyar proyectos que contengan esta formulación e incluso, cada vez más condicionan financiamientos a que esté explícitamente planteada en los proyectos globales.

Sin embargo, la formulación «perspectiva de género» presenta un inconveniente a la hora de elaborar estrategias para la construcción de fuerza feminista pues no permite diferenciar suficientemente lo que es la identidad de género (o sea, la reflexión sobre las causas de la opresión de género y las alternativas para superarla). La ambigüedad del concepto dificulta distinguir, por tanto, las estrategias para construir movimiento de mujeres (con base en la identidad de género) de aquellas otras necesarias para organizar al interior del movimiento de mujeres, la fuerza política feminista (con base en la conciencia de género).

La convocatoria al Encuentro Centroamericano de Mujeres (realizado en Montelimar, Nicaragua, en marzo de 1992) ha sido un ejemplo reciente de este inconveniente. Inicialmente, fue convocado como un «encuentro de mujeres» o más bien como un «encuentro de los movimientos de mujeres» de la región, en el que las feministas participarían facilitando talleres para garantizar su carácter feminista. Más adelante, en Nicaragua y Costa Rica la convocatoria fue explícitamente dirigida a las mujeres autodefinidas feministas mientras en el resto de los países se convocó a todas las mujeres organizadas.

A nuestro entender, esta disparidad en las convocatorias nacionales no fue solamente reflejo de los distintos niveles de desarrollo del feminismo en cada país; también fue consecuencia de la ambigüedad política del concepto «perspectiva de género» capaz de aludir al mismo tiempo al trabajo de colectivos autónomos feministas, mujeres que desarrollan proyectos productivos y funcionarias de organismos gubernamentales e internacionales.

En resumen, la unidad del movimiento de mujeres no puede ser construida sobre la base de pensarnos como un todo homogéneo, sino reconociendo la diversidad de identidades, situaciones y procesos que nos constituyen y que hacen necesarias por tanto estrategias adecuadas a esta realidad. La utilización política de categorías como la «perspectiva de género» (al igual que ocurría con aquella otra de la «cuestión de la mujer») tiende más a uniformizar al conjunto de mujeres, que a reconocer la pluralidad y diversidad de las mujeres reales, de carne y hueso.

Sobre la autonomía del movimiento de mujeres

Una segunda manifestación de la «escisión vital» tiene que ver con la cuestión de la autonomía entendida tanto en su alcance personal y grupal como en sus significados corporales, económicos, organizativos, políticos y culturales. Desde el feminismo la propuesta es inequívoca: no se pueden construir estrategias de transformación individuales y colectivas desde la dependencia o la subordinación.

A estas alturas, es una evidencia empírica que los grupos de mujeres que tienen autonomía hacen avanzar mucho más la lucha de las mujeres en lo ideológico, en lo teórico y en lo político, que aquéllos dependientes de las orientaciones de otros.



Ni a las mujeres ni a las organizaciones femeninas se les reconoce de entrada la autonomía; por el contrario, deben gastar muchas energías para que se les reconozca el derecho a ser y a actuar por sí mismas (lo que por cierto, no les ocurre al movimiento obrero ni al indígena ni al campesino). Por la socialización de género recibida y por el dominio masculino en la sociedad, la primera batalla que las mujeres deben librar es para que les sea reconocido su derecho a decidir sobre sus cuerpos, sus vidas y sus acciones. La lucha por la autonomía es una lucha política que tiene sus fundamentos teóricos e ideológicos en el feminismo.

La «escisión vital», en tanto conflicto de lealtades, mantiene a muchas feministas en la incapacidad para autodeterminarse. La dependencia afectiva, orgánica o política hacia los organismos partidarios puede dificultar a muchas el pensarse como individuas o grupos autónomos, sentirse capaces de elaborar propuestas y estrategias propias. En la práctica, ello se traduce en las muchas energías gastadas en convencer a los compañeros de la bondad de los planteamientos feministas, en comparación con las dedicadas al trabajo con las mujeres.

También se refleja en las dificultades que algunas militantes encuentran para hacer proselitismo a favor del feminismo en las organizaciones que di-

rigen. En este sentido, llama la atención la facilidad con que adscriben a toda su organización de mujeres al proyecto popular o al ámbito de influencia de su organización partidaria, y el respeto a los procesos de las bases que se argumenta cuando se trata del proyecto feminista.

No estamos proponiendo que se reproduzcan en beneficio del feminismo los estilos poco democráticos que a veces funcionan en los organismos populares. Sugerimos que estas incoherencias pueden ocultar los miedos al enfrentamiento entre la organización de mujeres y la dirigencia partidaria, si son todas sus integrantes las que se definen feministas y no sólo algunas dirigentas o el colectivo de dirección.

Al no entender que su fuerza se basa en la de las mujeres con las cuales trabajan, al no concebir a su organización como fuerza autónoma, algunas feministas dirigentes de organizaciones de mujeres construyen estrategias de intervención (en los partidos, en el movimiento popular o frente al Estado) que no generan poder para las mujeres.

Sobre la nueva cultura política feminista

Otra manifestación de la «escisión vital» ocurre en el terreno ideológico de los valores. En la medida en que han participado durante muchos años de su vida de la cultura política predominante en la izquierda centroamericana, las feministas militantes partidarias son, en sus formas de trabajar y relacionarse con las mujeres, y más allá de sus deseos, reproductoras de la misma.

Cuando se trata de su propio grupo u organización, los viejos estilos se reflejan en las dificultades para confiar y delegar en sus compañeras, en la permanente tentación de hablar en nombre de ellas, adjudicándose representaciones y autoridad para definir sus prioridades, privándolas de su propia voz y de su participación activa en las decisiones de la organización; se expresan también en las actuaciones centralizadoras y controladoras que denotan desconfianza y recelo hacia las otras.

En la relación con los otros grupos de mujeres, la cultura política aprendida alimenta sectarismos, fomenta sospechas sobre las intenciones últimas de las demás mujeres y está en la base del miedo a ser acusadas de desleales al partido propio si apoyan iniciativas de mujeres de otros partidos. Se expresa en las serias dificultades para levantar y sostener instancias de unidad cimentadas en el respeto a las diferencias, para construir complicidad entre las mujeres por encima de las banderas partidarias.

Propuesta final

Finalizamos este análisis sobre el proceso de construcción de la identidad feminista en la región, planteando la posibilidad de inaugurar un nuevo camino que ayude a resolver la «escisión vital» que, a nuestro entender, hoy viven algunas feministas centroamericanas.

Construirse una firme identidad feminista, como proyecto vital desde el que aportar a la propuesta de transformación social, supone sacar al feminismo de la clandestinidad e identificarse plenamente con sus propuestas. Este camino implicaría:

- *En el campo de las ideas y los conocimientos: estudiar, debatir, escribir, analizar, contrastar distintas concepciones y propuestas en torno a la opresión de las mujeres. Las elaboraciones feministas no se agotan en los talleres de capacitación de género, aunque éstos son una propuesta metodológica válida para desencadenar procesos de concienciación.*

  La propuesta teórica feminista es mucho más que un taller sobre trabajo doméstico, violencia o sexualidad; es un análisis sobre las relaciones de poder entre los géneros, que interesa no sólo a las mujeres sino a la sociedad en su conjunto, porque de ello depende la posibilidad de construir relaciones igualitarias entre hombres y mujeres.

- *En el terreno de los valores y las actitudes: concebir el feminismo como una propuesta de vida y no sólo como un método para trabajar con mujeres o para acercarlas a las luchas populares.*

  El feminismo se construye tomando en consideración las vivencias personales de cada mujer y respetando los procesos de concienciación propios y distintos en cada una de nosotras; no separando lo personal de lo público y desarrollando espacios para la autoconciencia. Espacios que no son superfluos, sino que permiten compartir la reflexión sobre lo privado y apoyar las necesarias transformaciones personales en todos los ámbitos de nuestra vida.

  El feminismo no es una serie de temas aislados que sirven para trabajar con o para ayudar a otras mujeres; es una manera de mirar la vida y las relaciones entre las personas; es una forma de estar en el mundo que, si no nos involucra a cada una en lo personal, se convierte en otra teoría carente de contenido transformador.

- *En las relaciones políticas: perder el miedo a los otros y empezar a construir propuestas, programas, plataformas, acciones, campañas propias, ubicadas en la realidad de cada país. Hacer política feminista no significa aislarse de la coyuntura nacional ni de la vida cotidiana de las mujeres, marcada por múltiples opresiones además de la de género.*

  Así pues, se trata de elaborar propuestas políticas para mejorar la vida de las mujeres, para enfrentar las políticas estatales que tienden a perpetuar la subordinación femenina y para transformar a favor de las mujeres la correlación de fuerzas en los espacios del poder público.

  Sólo con propuestas propias frente a la crisis, las políticas neoliberales, la desmilitarización, la elecciones, la violencia, las leyes discriminatorias, etc. – y la movilización por la defensa de las mismas – será posible que el movimiento de mujeres se dote de plataformas autónomas de lucha y llegue a incidir en las políticas públicas, para evitar que las instituciones gubernamentales conviertan el discurso sobre la mujer en acciones que no modifican en lo sustancial las bases de la opresión femenina.

En estos planos, nuestra propuesta apunta a que las feministas centroamericanas superen su «escisión vital» construyéndose una identidad feminista que, articulada con sus otras identidades políticas, les permita aportar al proyecto revolucionario sus energías desde una posición de igualdad y no de subordinación.

En el último año, las feministas centroamericanas han vivido un acelerado proceso de cuestionamiento de valores y concepciones que eran intocables hasta hace poco tiempo. No es de extrañar, la vida en la región ha sido así, sin tregua, en constante agitación; ese torbellino ha atrapado a las mujeres, que rompen con su cotidianidad, que echan abajo las paredes de la casa casi sin darse cuenta, que absorben nuevas propuestas con una avidez impactante.

Cientos de miles de mujeres han hecho frente al miedo ancestral que las ha mantenido subordinadas y calladas; han transgredido las normas de comportamiento que tanta vitalidad les quitan. Sugerirles que se adhieran abiertamente a una propuesta feminista que ya ha brotado, pero a la que ese miedo impide florecer, no es un sueño imposible; es empezar a hacer realidad para las mujeres los versos del poeta: «no se trata de llegar unas pocas y de prisa, sino todas juntas y a tiempo».

Norma Vázquez
Clara Murguialday

Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar



Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar



Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar

Mas tiempo para conversar



Agradezco a Cotidiano Mujer la invitación para escribir este artículo. El desafío propuesta, una reflexión a ser compartida con otras mujeres de este continente, me movilizó profundamente, pero el tiempo fue corto demás. Aquí, como allá, nosotras las mujeres vivimos corriendo atrás del tiempo, nuestros deseos siempre son mayores que nuestras piernas. Pienso que vivimos tiempos de grandes desafíos, de modo que la inquietud fue mayor por la imposibilidad de intercambiar con otras mujeres de aquí, con las cuales comparto sueños y angustias.

Es un intento de pensar nuestras cuestiones mezclando nuestro cotidiano de país latinoamericano, con todas las implicaciones de esto y nuestras cuestiones de feminismo, en este mundo inmerso en conflictos y crisis. Por muchas razones no voy a tratar los temas consecuentes de nuestras agendas internacionales, por ejemplo, como las consecuencias del Planeta Femea de la ECO 92, las temáticas de la Conferencia sobre Población, en El Cairo, en 1994, y sobre la preparación de la Conferencia Mundial sobre las Mujeres, en Pekin 95. A esos temas principalmente la Conferencia de Pekin y nuestra participación, deberíamos dedicar algún tiempo de nuestras reflexiones e intercambiarlas.

En realidad este texto acaba por reflejar más una ansiedad de discusión que un resultado de ésta.

ASI PASARON 13 AÑOS DESDE EL RETORNO A LA DEMOCRACIA LIBERAL EN BRASIL Y NOSOTRAS CONTINUAMOS FUERA DEL MUNDO DE LA POLITICA.

Si bien es cierto que nosotras las mujeres de este continente tenemos muchas cosas en común, es cierto también, que tenemos muchas diferencias; entre ellas como estamos vivenciando actualmente estos momentos de reconstrucción de la democracia. Las diferencias tienen origen en la coyuntura actual y en la construcción histórica de cada uno de los países.

En Brasil tenemos algunas permanencias en el escenario político, desde los tiempos de la colonia:

i. Aunque el movimiento de las clases subalternas haya existido y jugado cierto papel, hasta hace poco, siempre fue bastante secundario para las transformaciones políticas que pasó la sociedad brasilera. Desde la proclamación de la independencia, pasando por la república, por la instalación del estado nuevo en los años 30, hasta inclusive, la transición de la dictadura militar a la actual democracia liberal, siempre tuvimos un proceso de pacto entre las élites con un gran papel de las fuerzas armadas, como agente decisivo para las transformaciones sociales y económicas.

De hecho los cambios nunca han sido por

conquista. Permanece hasta hoy una separación enorme entre la ley y la vida – lo que está garantido por la ley no vale para todos – para las mujeres esto es crucial. Para los diferentes se justifica la desigualdad, existe «un ser naturalmente» excluido. Los comportamientos sexuales en el país mientras reinó el esclavismo, y fue hasta muy tarde, fueron más ejemplos de perversidad humana que de modos culturales.

ii. Se creó una cultura política de exclusión y participación subalterna de los sectores populares en la vida política, una relación de clientelismo de los políticos con los sectores excluidos, que sólo recientemente están siendo cuestionadas.

El país vive profundizando sus crisis económicas. La primera crisis fue luego del comienzo de los años 80. El desarrollo del país se viene caracterizando por un modelo en que no solamente la modernización y la pobreza están presentes, sino que esta última va aumentando, así como también se va ampliando la distancia con los países ricos, tanto en indicadores macroeconómicos como en dimensiones de calidad de vida.

La década del 80 fue perdida para la garantía de la ciudadanía, y los primeros años de la década del 90 no apuntan a una modificación: fuerte recesión, con altos índices de inflación y serias consecuencias para los salarios.

El país conserva una de las mayores deudas externas de los países del Tercer Mundo, que aliada al actual proyecto neoliberal, genera una reducción del consumo y de los empleos, corte drástico en los gastos sociales, privatización de las empresas estatales, y debido a las altas tasas de intereses generados por la deuda interna, una acelerada inflación, aumento del costo social para la población.

El proceso de reproducción de la fuerza de trabajo se ha deteriorado. La paralización de los niveles salariales incide sobre la calidad de vida de la población, llevando a buscar nuevas formas de sobrevivencia, que está abandonada por la economía y por el estado. Son las mujeres las más afectadas por la falta de políticas públicas adecuadas, y por la crisis de reproducción general que sufre la sociedad brasilera. Responsables por los cuidados de la familia, el deterioro de los servicios públicos de salud, la escuela, la guardería inciden directamente sobre la calidad de vida de las mujeres.

Las desigualdades entre hombres y mujeres quedan inmersas en enormes desigualdades entre blancos y negros, entre pobres y ricos, y en las desigualdades regionales. La violencia sexual contra las mujeres queda plasmada en la violencia de las «gangues» de los policías, los bandidos, en la violencia contra los niños de la calle.

Los datos de las desigualdades sociales son bien conocidos, citamos algunos para ilustrar la indignación. Por ejemplo, estudios recientes de la CEPAL-ONU (publicados en le diario Estado de San Pablo, del 25 de mayo de 1993) revelan que en 1990, 69.8 millones de brasileros vivían en la línea de pobreza, de los cuales un 34.0 millones de personas pobres, 45.8 millones viven en áreas urbanas.



Es impresionante el crecimiento de la pobreza en el país. El número de pobres pasó de 50.9 millones en 1979 a 61.03 millones en 1987. En 1989 es de 64.7 y afecta a 69.8 millones en 1990, o sea, un salto de casi 10% en un año.

Este cuadro suscita la interrogante: ¿Es posible la democracia en Brasil? Para estos millones de personas ¿qué significado tiene la democracia? ¿Hasta qué punto es posible mantener un estado democrático en una sociedad tan desigual?

Nosotras las mujeres feministas debemos enfrentar el desafío de responder a estas cuestiones a nuestro modo, reafirmando y reelaborando nuestro concepto de democracia, de ciudadanía, de ética en las relaciones humanas. Ciertamente vamos a encontrar las respuestas y las soluciones justamente cuando consigamos la forma de romper con la resistencia de la política a la entrada de las mujeres.

El proceso de liberación o de apertura en el Brasil generó claramente un mayor espacio para la articulación de reivindicaciones políticas específicas de género en las arenas políticas institucionales.

Pasados 10 años de las primeras elecciones pos-régimen militar, a nivel estatal y federal, estas conquistas se debilitaron o se transformaron en una forma de cooptación, despolitizando así las reivindicaciones. Refuerza la tesis de que en los períodos de crisis política y/o transición de gobierno son coyunturas favorables a la incorporación de reivindicaciones políticas específicas de género, en las arenas donde generalmente están excluidas.

La fuerza política de los movimientos organizadas de las mujeres disminuyó, a medida que el Brasil retornó a la «política costumbrista» del régimen pos-autoritario. Las instituciones políticas y los planos públicos van dejando de incorporar cada vez más las cuestiones de género.

Las mujeres tienen interés directo en el afianzamiento de la democracia, de los mecanismos de representación, en las formas de democracia semidirecta, en la reforma del estado. Pero la teoría democrática debe responder a cuestiones de tipo: qué tiene la democracia para ofrecer a las mujeres, como ciudadanas con un determinado sexo, cuyas vidas y cuestiones han sido históricamente excluidas de la política tradicional.

Por otro lado, los crímenes contra las mujeres, o aquellos referentes a la prostitución, las enormes diferencias salariales entre hombres y mujeres, los guetos profesionales, etc. no son consecuencias de la crisis económica; no se resuelven con la crisis de la representación política, está en el marco de la construcción de los derechos humanos, de la conquista de nuevos contenidos sociales de la ciudadanía.

El feminismo como proyecto ha tratado de debatir sobre la naturaleza de la política democrática y de las formas de vivir la democracia, como un proceso transformador y no sólo como el silencioso escrutinio de los votos individuales. La democracia entendida como discusión pública de los problemas comunes, y no solamente la elección entre alternativas dadas sino la participación en la formulación de esas alternativas. El proceso democrático debería no limitarse a resolver conflictos por la voluntad de la mayoría, sino también el descubrimiento de respuestas que integren los intereses de las minorías.



María, María..., esta manía de tener fe en la vida

Es cierto que vivimos en un país inmerso en la crisis, en continua declinación del desempeño económico, asociado a los índices sociales, pero el mundo o mejor dicho los otros países de arriba del Ecuador, no caminan tampoco por un camino seguro, superando desigualdades, conquistando una prosperidad estable. Los diarios cotidianamente nos asombran con la diversidad y gravedad de los conflictos, de comportamientos individuales y colectivos que nos interrogan sobre nuestro posible destino común en este planeta. Tenemos la sensación de vivir en un mundo en crisis global. Conflicto racial, genocidio, estupro como arma de guerra, disolución de países, amenaza ambiental, crimen organizado, cacería de niños. La violencia contra la población, es la del Sendero peruano, del fundamentalismo islámico, de la mafia italiana, del neonazismo alemán, del cartel de la cocaína, de la policía brasilera. Es una maraña de causas. Cada mes, millones de personas mueren de hambre en Africa oriental, muchas mujeres son mutiladas en los países de cultura musulmana, las bombas sacuden Europa Central, otros miles mueren por las drogas en las metrópolis occidentales. Queda la impresión de una sentencia de degradación que se va cumpliendo en todas partes, de forma diferente, por una falta general de perspectiva que hace que la esperanza en el futuro sea una cosa del pasado.

Es en este escenario global oscuro que vislumbra nuestra utopía, la posibilidad de modificar las relaciones entre las personas, y la relación de las personas con la Tierra.

¿Cómo anda nuestra autonomía?

En los años 70 hubo una rearticulación del feminismo en nuestro país, un feminismo «revisitado»(*), aprendimos a cuestionar la división sexual del trabajo, formal y simbólica, buscamos las explicaciones sobre las desigualdades de las mujeres más allá de la determinación económica, y del conflicto de clase. Condenamos las jerarquías que subordinan a las mujeres en las plataformas partidarias en función de épicas alboradas revolucionarias, siempre distantes. Inventamos acciones políticas articuladas con las demandas democráticas. Recuperamos participación directa en lugar de la representación centralizada, los grupos como espacios de reflexión y acción colectivas en torno a las cuestiones de la vida cotidiana. Estábamos estimuladas por las protestas de los años 60.

Construimos un concepto llave para nuestro movimiento, y para la construcción de nuestra identidad como sujeto político: el concepto de autonomía. Defendemos nuestros espacios autónomos para la reflexión, elaboración y acción como espacios vitales para nosotras las mujeres.

En este tiempo fuimos ocupando espacios en las diversas instituciones, introdujimos nuevos temas en las diversas arenas. Formamos muchas ONG's de mujeres que permitieron un mayor profesionalismo en el abordaje de las cuestiones de feministas.

Pero, todo esto no se tradujo en una articulación más consistente y en una mayor fuerza movilizadora. Nuestros espacios comunes de reflexión están cada vez más fluidos y desarticulados. Parece que no tenemos más la misma disponibilidad para los espacios genuinamente autónomos.

Construimos una confusión entre movimiento feminista y ONG's feministas, que desarrollan importantes trabajos pero que representan una vía de institucionalización del movimiento, confundimos las ONG's con el movimiento feminista.

Establecemos una nueva forma de poder dentro del movimiento. Introdujimos en las prácticas de los movimientos formas antes rechazadas de representación en vez de participación. Las informaciones circulan por pocos lugares, hacemos reuniones donde solamente las que están profesionalizadas participan. Las informaciones sobre financiamientos constituyen formas de poder. Nuestras agendas están determinadas por las pautas de los proyectos.

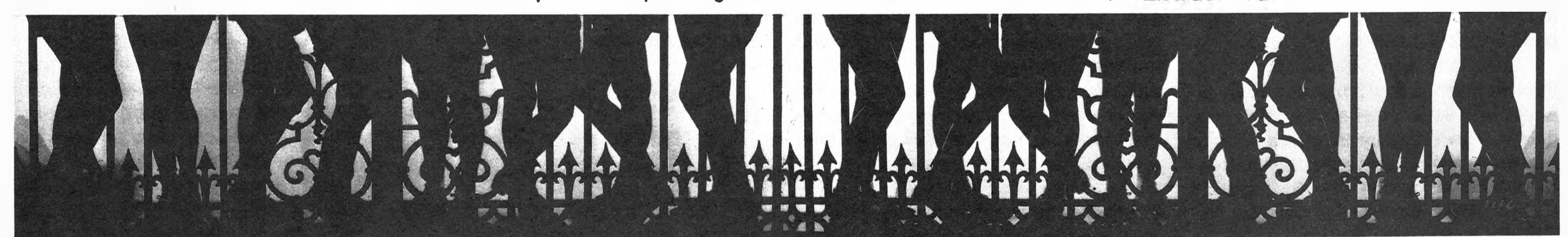
Las mujeres de los movimientos son las otras, las espectadoras, llamadas para la acción en la agenda de las planificaciones internas de las ONG's.

Creo que precisamos reelaborar nuestros conceptos de autonomía, de institucionalización del movimiento, para mantener vivo y osado el movimiento de mujeres, o movimiento feminista, pues creo que tenemos contribuciones para esta crisis de civilización - una crisis de ajuste fundamental de la especie humana con la naturaleza y consigo misma como especie.

Vera Soares

(*) *Beth Lobo usa esta expresión en su trabajo «Un movimiento al feminismo - Nota sobre una política de las mujeres».*

Trad.: Elsa do Prado





EL DESAFIO DE EXPLICITAR LAS DIFERENCIAS

Si aceptamos que no hay observador neutro, que en cada mirada estamos detrás, agazapadas, encubiertas, con nuestra propia propuesta, con nuestras propias opciones como válidas, podremos quién sabe, iniciar este diálogo tan necesario y hacer procesos de evaluación que realmente nos sirvan para continuar haciendo feminismo.

Hoy día, quien más, quien menos, propone el diálogo y la negociación como indispensables, sin embargo, muchas veces es sólo una formalidad que nos está llevando a la hipocresía de entendernos sobre una superficie donde cada vez es más difícil profundizar.

La interlocución es válida y productiva cuando logramos despejar realmente desde dónde nos situamos, desde dónde miramos, desde dónde nos leemos políticamente, descubriendo nuestros personajes agazapados en biografías permeadas por una cultura del miedo y las culpas.

Quién sabe si al despejar lo que cada una cree como válido para afectar una cultura patriarcal, podremos realmente expresar las diferencias que tenemos y colaborar entre nosotras. La negociación es posible en un equilibrio de poderes e intereses claramente explicitados, ya que en el momento en que se rompe dicho equilibrio quien logra más poder hegemoniza la negociación, la sobrevivencia de las minorías se hace imposible. Este punto es realmente importante de entender si pretendemos una sociedad en colaboración en donde las diferencias no se transformen en desigualdades, donde la ilegitimidad de las minorías desaparezca. No basta transitar por relaciones basadas en sentimentalismos amorosos tolerantes en los que como mujeres caemos tan fácilmente, la negociación y/o la tolerancia así es un no postergado.

Las evaluaciones signarán a la historia de una institución el peso de una mirada supuestamente neutra, traspasada de un poder marcado como válido. En el acto de la Evaluación hay dos actores implicados: las evaluadoras (desde el poder) y el grupo humano a evaluar.

La evaluadora debe explicitar sus propuestas y estrategias. No basta con compartir una perspectiva de género, pues la perspectiva de género tiene diferentes y múltiples interpretaciones prácticas. Por su parte, las evaluadas actúan desde la implicancia, son parte de la historia, se la vivieron y también la construyeron, por lo tanto también ellas tienen que explicitar muy claramente sus estrategias transformadoras. Hacer una evaluación desde la ambigüedad de las posiciones impide que la evaluación cumpla su objetivo, que es establecer un diálogo en el que se intervienen y enriquecen diferentes políticas y sus resultados.

Actualmente las evaluaciones están marcadas por las nuevas orientaciones políticas de las Agencias que tienden a imponer sus propias estrategias y objetivos. Estos cambios de estrategias que ha tenido la Cooperación al Desarrollo han producido crisis en ONGs que han sido muy funcionales a esas estrategias, sin que se asuma la responsabilidad por parte de quienes imponen sus políticas cambiantes.

Con todo el peso histórico, la experiencia y reflexión que contienen nuestras propuestas, deberíamos tener la capacidad de legitimarlas en estos procesos de evaluación, aunque ellas no se adscriban a las nuevas orientaciones. Solamente así será posible establecer un diálogo fructífero que contenga nuestra propia legitimidad y existencia. Sin esta dimensión de legitimidad y existencia no hay diálogo, sólo hay imposición y una amenaza sobre la existencia es un no postergado.

Puntos claves para evaluar a las ONGs feministas

Una de las características de las evaluaciones en este momento es la tendencia a neutralizar lo rebelde de las ONGs feministas por considerarlo un impedimento a las nuevas estrategias que se implementan dentro de las políticas de los consensos, de lo negociable y lo transable.

Los proyectos feministas tienen un horizonte más amplio que la derrota de situaciones contingentes: son proyectos rebeldes y subversivos, aparecen marcados por los ANTI: anti-status quo, anti- patriarcal, anti neoliberal y anti cualquier sistema político (sea éste democrático o dictadura) que deslegitime a los diversos actores sociales que componen nuestras sociedades latinoamericanas y en especial al feminismo.

Camus dice: ¿Qué es un hombre (mujer*) rebelde? Una mujer que dice no. Pero negar no es renunciar, es también una mujer que dice sí desde su primer movimiento, una esclava que ha recibido órdenes durante toda su vida juzga de pronto inaceptable una nueva orden. ¿Cuál es el contenido de ese NO? Ese NO afirma la existencia de una frontera, extiende su derecho más allá, a partir de la cual otro derecho le hace frente y lo limita. La rebelión va acompañada de la idea de tener una misma, de alguna manera y en alguna parte, razón. La rebelión es **una adhesión entera e instantánea de la mujer a una cierta parte de sí misma.**

Lo importante en las evaluaciones es descubrir los aportes y logros de las instituciones feministas. Una evaluación hecha con cierta profundidad debe entender los PRO que contiene la historia de los proyectos que se van a evaluar, ya que es aquí donde la «neutralidad» puede falsear los aportes de estas instituciones. Las generalizaciones y comparaciones con otras ONGs (no feministas), pueden llevarnos a equivocaciones, porque las ONGs feministas tienen un horizonte muy diferente a la generalidad de las ONGs, que son parte del sistema patriarcal al que aceptan y quieren mejorarlo, pero no cambiarlo.

Estos son puntos claves para evaluar las políticas feministas y el análisis de las posibles estrategias que po-

damos tener. Sin esclarecer y explicitar cuándo estamos validando esta cultura y tratando de funcionar dentro de ella y cuándo estamos en la proposición del cambio y por lo tanto construyendo otra cultura, no podemos ver la diferencia entre rebeldía y resentimiento. Rebeldía es compromiso, significa propuestas de cambio. Otra cosa muy distinta es el resentimiento, éste es siempre arribista, quiere ser lo que es el otro, acceder a los espacios negados, legitimándolos en su quehacer.

El modelo familia aparece siempre que se analiza un grupo de mujeres que tienen que formar confianza entre ellas para constituirse en un referente político frente a una sociedad antagónica. Referirse a la familia respecto a las instituciones u organizaciones de mujeres (más que analizar la necesidad de construcción de seguridad, saberes y capacidades) es lo más simple y recurrente; sobre todo si para quien analiza la familia constituye el lugar de la seguridad y el lugar «natural» de las mujeres (el inconsciente simbólico nos juega muy malas pasadas).

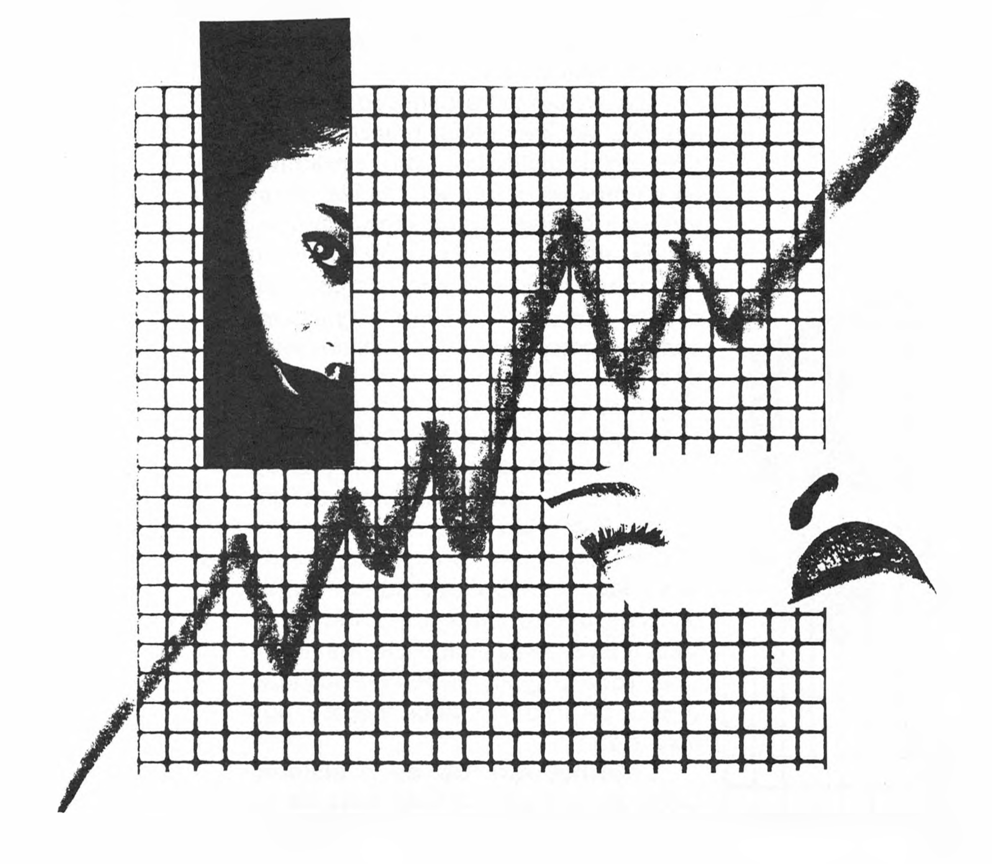
Cabe preguntarse: ¿Porqué a un grupo de mujeres que se organiza las vemos como familia, las analizamos como familia? Propongo otros modelos: equipo de fútbol, equipo de producción, equipo científico, equipo de artistas, equipo político. Todos estos equipos o grupos tienen algo de protección y todos ellos también están traspasados por las dificultades inherentes a las necesidades de compartir mínimos comunes y establecer relaciones que puedan ser: dependientes, románticas, familiares, competitivas. Pero básicamente a estos grupos los analizamos por sus productos y propuestas, no los vemos como familia.

Asumirnos en la historia es tener proyecto de futuro. La libertad de borrar lo hecho no es libertad, es hacer siempre lo mismo. La libertad es acumular lo aprendido, modificando nuestro presente desde el conocimiento de lo aprendido, sino es la adolescencia, nunca la madurez. Citando al I Ching: **«La manera adecuada de estudiar el pasado es: no limitarse al conocimiento histórico, sino también aplicar este conocimiento para que el pasado esté siempre presente».** Esto está referido a templar el carácter y crecer para alcanzar la adultez. Empezar de nuevo no recoge la experiencia y podemos seguir repitiendo al infinito nuestros propios errores.

Nosotras las mujeres, con nuestra historia inscrita de represiones, tenemos mucho miedo de nuestros conocimientos y saberes, miedo del poder que esto significa. Pero más miedo tiene el colectivo varón de este conocimiento. Asumir que tenemos fuerza y poder por nuestros conocimientos y declararnos en la horizontalidad con otros conocimientos significa muchas veces confrontación y otras, retiros temporales estratégicos. Una relación igualitaria sólo es posible en el mutuo reconocimiento de capacidades.

Nuestras energías no son infinitas, luego debemos saber cuándo y con quiénes nos relacionamos. Mantener relaciones porfiadas que nos consumen demasiadas energías significa estar «enganchado» en relaciones de maltrato y por supuesto no productivas para nosotras, pero muy productivas para quienes no quieren que avancemos. Debemos permitirnos la libertad de soltar ese tipo de relaciones y buscar alianzas donde realmente esta interacción se produzca sin transgredir ese límite de lo intransable.

Las ONGs feministas al constituirse le han dado residencia física al feminismo y han abierto espacios de crecimiento – tanto de conocimientos, saberes y gestión, como una propuesta de activa política –. Este gesto de existencia ha contenido diferentes miradas o fantasías que podemos reconocer en tendencias: una que asume este espacio como un proceso de profesionalización, otra que busca un espacio de activismo y una tercera que busca un espacio de desarrollo personal afectivo de mujeres. Podríamos decir que entre estas dinámicas no carentes de tensiones se construye la institución, pero el gesto es uno solo. En uno u otro momento estas tensiones pueden expresarse en conflictos que terminan con separaciones de personas o equipos.



Sin embargo, los avances de las ONGs feministas han sido constantes, no han sido proyectos estáticos y menos aún autoreferidos. Ellas han constituido referentes para muchas organizaciones, tanto del Estado como de la sociedad civil. Una evaluación deberá descubrir estas relaciones desde una óptica fina, que considere el tiempo, las modificaciones del orden simbólico/valórico, más que evaluar con un concepto de eficiencia objetiva de resultados inmediatistas. Esto no implica el negar la necesidad de un constante afinamiento de nuestro trabajo profesional para mejorar en el cumplimiento de las metas y objetivos que nos hemos propuesto.

En nuestras historias hay pasión, que es amor a la Humanidad, también hay miedo, lo que ha producido muchas veces agresión. Sin embargo, en términos generales no puedo afirmar que las ONGs feministas han hecho una búsqueda intensa y profunda de la paz, propiciando que los resentimientos se transformen en rebeldía y transiten a espacios de creatividad. No todos los individuos logran traspasar sus resentimientos autodestructivos a rebeldías creativas. Pero también la rebeldía creativa puede ser leída como agresión, esta lectura trae consigo sanción y sobre todo deslegitimación de lo creativo que pueda tener esta rebeldía.

Es indudable que cualquier ser o grupo vivo tiene conflictos. Una evaluación, hecha desde el respeto por los procesos de individuación de las mujeres y la responsabilidad que tiene derecho a asumir todo ser humano sobre su propia vida, debe poder entender esto. Las rupturas son gestos de absoluta libertad y, las más de las veces, es el precio pagado por la conquista de conocimientos, de autonomía e independencia que en un momento debe asumir un grupo o una persona.

Existe la tendencia de leernos co-

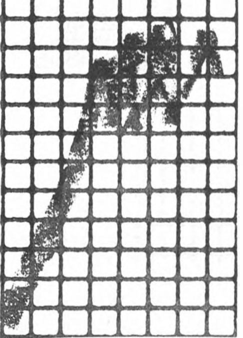
mo grupos que desarrollan culturas amenazadas. Afirmar que grupos pequeños por el hecho de sufrir fuertes ataques del mundo externo a menudo desarrollan en su interior una cultura común de lo que es aceptable y de lo que no lo es y que esto implicaría desarrollar una tendencia a renunciar a los otros de afuera, significa no entender un feminismo en construcción de una nueva cultura que está en tensión con la cultura patriarcal.

Interpretar los quiebres o rompimientos que suceden en el mundo feminista con la imagen simbólica de la familia, en que alguien es expedido del hogar hacia el mundo exterior, es entender a los grupos feministas como grupos afectivos y no políticos, y es entender además el mundo del afecto como estático, cargado del «para siempre» patriarcal.

Los proyectos feministas proponen conectar a las mujeres con sus capacidades, en ningún caso son grupos para contener y potenciar incapacidades y miedos que impiden el crecimiento y la profesionalización. Es muy importante que las evaluaciones detecten tanto a los grupos y personas que han hecho rupturas, como a los proyectos que esos grupos y personas han gestionado posteriormente. Podría afirmar – desde mi experiencia – que en general las personas separadas de las instituciones que no son funcionales a la demanda de contención de incapacidades y miedos, logran asumirse y han formado sus propios proyectos.

Otra cosa que hemos aprendido en estos procesos es a separar nuestro mundo de afecto feminista con el incumplimiento, la irresponsabilidad y la mala calidad del trabajo profesional. No por ser feministas debemos aceptar mala calidad en el rendimiento y ante una realidad objetiva de malas evaluaciones se hace necesario que la institución tenga que separar a profesionales que, aunque feministas, han tenido la tendencia a estar sumergidas en crisis personales y en demandas a la institución de grupo contenedor terapéutico.





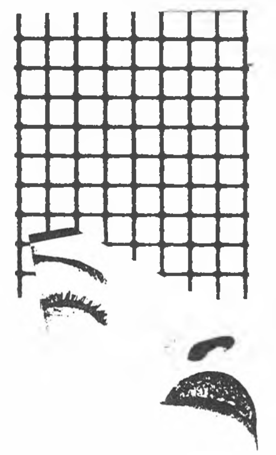
Ser profesionales feministas

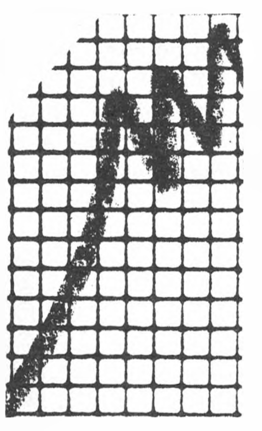
La historia de las ONGs feministas está marcada por la dificultad de encontrar profesionales dispuestas a sumarse a instituciones que por su misma esencia significan costos personales (descalificación externa como feminista y lesbiana). En el plano profesional una carrera «exitosa» es más fácil hacerla dentro del sistema oficial académico que desde una periferia como son estas ONGs.

Es difícil encontrar profesionales con perspectiva de género y con percepción de una cultura feminista. Muchas veces debemos contratar profesionales sin estas condiciones e implementar con ellas procesos de aprendizaje que por circunstancias de la vida a veces no pueden asumir, lo que puede también significar deserciones. Podemos, objetivamente hablando, decir que nuestras ONGs han constituido equipos multidisciplinarios que hoy existen y son el resultado de una política largamente implementada por sus direcciones.

Los procesos de consolidación de equipos también están marcados por diferencias políticas. Sólo partiendo de un mínimo común es posible construir una institución que tenga un mapa de navegación. Si estos mínimos comunes políticos no son compartidos existen diferentes caminos: jugarte en base a propuestas y reflexión para que tu mirada modifique los mínimos comunes de la institución y por lo tanto tenga otro sentido, o bien formar otra institución en que construyas de nuevo tus mínimos comunes para funcionar. Esto está dentro de las políticas del feminismo, al explicitar las diferencias y constituirnos en corrientes políticas dentro del movimiento feminista y finalmente multiplicar los espacios. Todo proyecto tiene encrucijadas y más de una vez debe decidir sus opciones.

Debemos aprender de la historia. Cada vez que un grupo de mujeres ha alcanzado poder el sistema se encarga, sutilmente desde el interior y desde el exterior, de desmontarlo. Nuestras instituciones por su propio sentido no están en el status-quo, ya que afectan conocimientos, símbolos y valores de la cultura vigente, por lo tanto, se tenderá siempre a deslegitimarlos. Esta realidad debemos tenerla presente para no perder los objetivos de nuestros proyectos. El desafío pues, de legitimarnos, está basado en profundizar y hacer coherentes los conocimientos y propuestas del feminismo como base para las transformaciones urgentes que se necesitan. Hoy día el patriarcado, en su utopía negativa, ha perdido la capacidad de implementar, realizar y soñar transformaciones profundas.





Las evaluaciones deben situarse desde esta perspectiva y afirmar los procesos, detectando los impactos de nuestro trabajo en los múltiples actores sociales y en sus discursos, obviamente, esto conlleva una perspectiva a más largo plazo. Es importante no focalizar sólo los discursos reconocidos por los centros de poder del sistema, también deberán ser considerados en su justo poder y valor los discursos marginales.

El «problema» del liderazgo

Los cursos y talleres de desarrollo personal que he realizado durante años me han hecho preguntarme: ¿qué equilibrios, qué fuerza, qué autonomía, qué creatividad, qué responsabilidad debe tener hoy un liderazgo? En resumen, ¿qué propuesta de ser humana está detrás? Cada vez pongo más en duda cualquier modelo de cómo debe ser un líder hoy.

Si somos coherentes con nuestras propuestas de cambio no podemos proponer un modelo de líder, pues estará impregnado de nuestras proyecciones y fantasías de modelos patriarcales estancos, inamovibles e inalcanzables. Si el feminismo propone otros deberes seres o modelos estaremos en el mismo gesto del patriarcado. Los procesos de toma de conciencia y

sanación son desprendimientos, justamente, de modelos. Creo que una de las cosas más difíciles es entrar en el vacío de la propuesta transformadora que conlleva el hecho de no tener un modelo al cual adscribirse y que cada persona se haga responsable de sí misma.

Entonces, para poder evaluar liderazgos, tenemos que tener mucho cuidado con los modelos que inconscientemente estamos asignándole a este liderazgo. Me temo que la nueva propuesta de lectura sobre liderazgo está marcada por el uso y abuso de la sicología y por la cultura del desecho, que es la cultura que combatimos las feministas. Es una cultura del reemplazo y no de la sumatoria.

Si los conocimientos, la independencia, la autonomía, la responsabilidad, el respeto, la creatividad y la capacidad crítica (cualidades asignadas a lo masculino) te hacen fuerte y potente (otra cualidad masculina) y esto lo confundimos con ser patriarcal y lo descalificamos, oponiéndolo al concepto de ser buenitas, apoyadoras (cualidad femenina), entonces le estamos dejando a las mujeres muy poco campo para hacer historia y cultura.

La emergencia de nuevas líderes no puede hacerse en base al concepto patriarcal del corte/conflicto por generaciones. El patriarcado fracciona las diferentes generaciones sumergiéndolas en la dinámica del dominio, haciéndolas perder toda posibilidad de interacción generacional que produce sabidurías. En Latinoamérica tenemos culturas de pueblos originarios en los que esta ruptura no se da y que han logrado mantener vigentes sabidurías y enseñanzas que preservan memorias que hoy día la cultura patriarcal desecha. A estas culturas por lo menos podemos reconocerles que, basadas en conocimientos y en la memoria de los antiguos, tienen una relación mucho más sabia que la nuestra con el medio ambiente.

Para un proyecto feminista es fundamental que la emergencia de nuevos liderazgos no esté marcada por el desecho de sus viejos líderes. Recuperar la interacción entre generaciones tiene además el desafío de romper la ahistoricidad en que tan fácilmente caemos las mujeres.

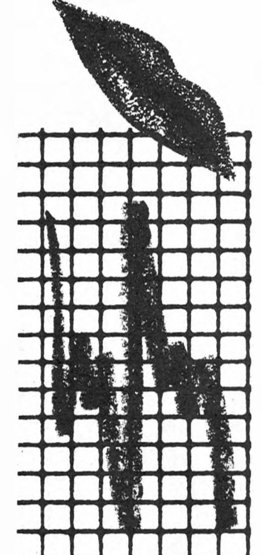
Hacer un recambio de liderazgos con el objetivo de cambiar la imagen del feminismo para tener acceso a las negociaciones, nos remite a esta búsqueda del «buen nombre de las mujeres», que supuestamente «limpiaría» este pasado de rebeldías, de irreverencias, «insolencias» con que nos estigmatiza el patriarcado y que hoy día nos hace tanta falta. Así, en vez de madurar nuestro discurso, profundizarlo y legitimarlo, caemos directamente en el reciclaje del sistema patriarcal. Me pregunto ¿qué haremos con las «pioneras que llevan mal nombre»?, ¿las reivindicamos o las quemamos? o ¿esperamos que se mueran para reivindicarlas y legitimarlas?

Valoramos una idea de lo que es una mujer líder sin darnos cuenta que es nuestro propio patriarcado interno el que proyecta este deber ser: suaves, contenedoras, con una cierta inseguridad, permeadas de seducción, románticas y con una cierta adolescencia rebelde, pícara y salvadora. El patriarcado legitima a las mujeres que le son más funcionales y nosotras caemos inconscientemente en este juego, asumiendo estos liderazgos como nuestros y desvalorizando a los nuestros.

Otra cosa que debe preocuparnos en relación a los liderazgos es el corte por clase y raza. Si leemos al feminismo sin la capacidad de generar un movimiento integrador con propuestas claras de interacción legítima de todas, también seguiremos traspasando nuestros liderazgos por estos cortes y no por diferencias políticas.

Reconocer nuestra fuerza para una nueva estrategia de negociación

Las ONGs feministas han crecido, hoy día sustentan en su interior varios proyectos que podríamos leer como proyectos en sí mismos; esto es fuerza y poder para el feminismo. Debemos tener la capacidad de entender la importancia política de este entretejido de disciplinas y experiencias, ya que en su interacción nos permite ir construyendo una perspectiva global, que las estructuras especializadas como la Academia por ejemplo han perdido en su construcción de conocimientos. La profesionalización, entendida como una especialización, es funcional al sistema neoliberal y a la cultura vigente.



Propiciar desde un concepto «eficientista» la atomización de las instituciones en base a un concepto equivocado de profesionalización, está en contra de la acumulación de fuerza y poder que necesitamos las feministas. Nuestra experiencia de construir redes especializadas – si bien es cierto profundizan conocimientos muy necesarios para nosotras – tienen la contrapartida de focalizarnos en políticas puntuales temáticas, atomizándonos. Este tema por lo complejo y las implicancias políticas que tiene amerita una reflexión aparte que no es el caso hacer aquí.

Actualmente las políticas de la Cooperación Internacional están marcadas por actuar en continentes y países con problemas agudos. Estas políticas dejan en una debilidad casi extrema a ONGs que actuamos en países como Chile, que vende una imagen de país con una economía y una democracia aparentemente exitosas.

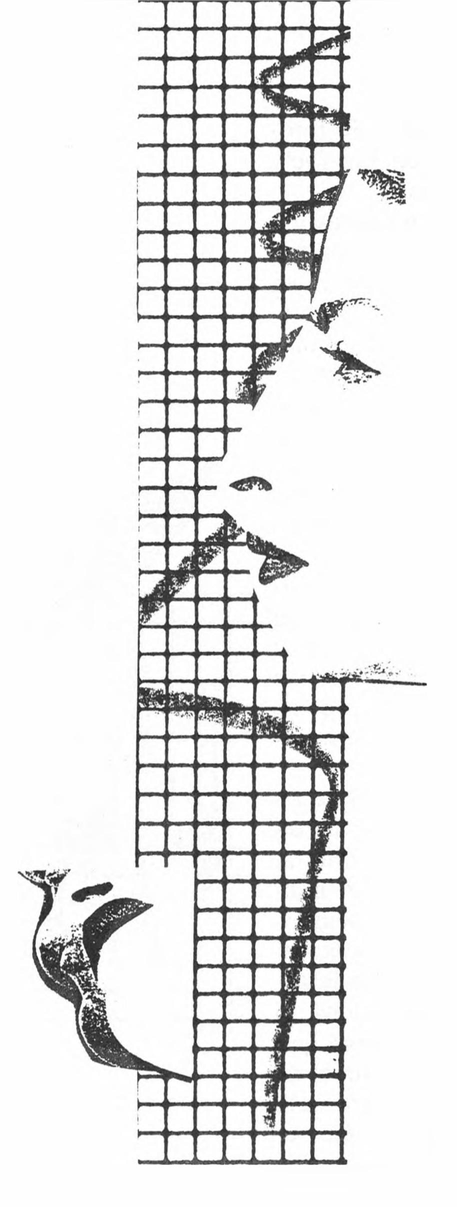
Mientras este modelo económico «exitoso» depreda el país – y hasta no llegar a situaciones extremas – somos abandonados por la Cooperación al Desarrollo, en una ciega estrategia ayudista. Cuando nos encontremos en un país que ha agotado sus recursos naturales nuevamente nuestra pobreza será vista como digna de recibir recursos. Entonces ya habremos perdido la oportunidad de construir verdaderas democracias participativas que eviten estas situaciones.

Oponernos a estas estrategias de la Cooperación al Desarrollo pasa por evaluaciones con la capacidad de tener una visión clara, valiente y cuestionadora de esas políticas. Mientras las evaluaciones sean funcionales a



las políticas elaboradas desde una sola perspectiva (la del primer mundo y sus intereses) no cumplirán con establecer un diálogo que nos involucre en objetivos comunes. De esta manera no se producirán los cambios hoy urgentes para la sobrevivencia del planeta. Esto es lo menos eficiente, por decir lo menos.

En este concepto de estrategias participativas tenemos el desafío de comprometer en nuestras propias sociedades a grupos que sustentan el poder económico, elaborando proyectos en los que la filantropía local pueda entender la necesidad de colaborar, rompiendo aquí también el concepto «ayudista y ajeno» que ha sustentado la filantropía.



Proyectemos desde la autonomía y la independencia

Nuestra historia feminista está traspasada por «matrimonios» (a las mujeres nos gusta casarnos, para eso nos formaron) con diferentes discursos que el patriarcado en su propia crisis va adoptando (y desechando). Esto nos hace perder nuestras propias pistas o mapas de navegación transformadora. Adherimos en estos matrimonios con los discursos vigentes – ayer el marxismo, hoy el discurso social demócrata de la negociación pragmática de lo que es posible – olvidándonos de nuestras fantasías, deseos y pasiones de cambio.

Las estrategias que nos vienen del Primer Mundo sobre masas críticas – o sea más mujeres en puestos de poder – confunden la propuesta del número crítico. Pues es muy distinto el concepto de masa crítica – no sólo por el número sino por su capacidad de crítica – al concepto de masa, tanto tiempo sustentado por estrategias políticas añejas.

Debemos volver a pensar y a evaluar nuestras relaciones con los Partidos Políticos. El feminismo (no sólo en Chile) tendrá, en algún momento, que revisar su historia. Hay que analizar los costos y beneficios que le ha significado al movimiento feminista el que las feministas hayan optado por hacer su política desde los partidos. Por ahora mi evaluación es más bien negativa. En todo caso, lo que puedo afirmar es que sin movimiento autónomo e independiente de partidos y sin una visibilidad clara de un discurso feminista crítico al sistema no hay avances para el feminismo.

Cuando la democracia entra en procesos eleccionarios las mujeres de partidos se acercan al movimiento feminista en busca de contenidos para sus discursos, del voto de las mujeres y de la infraestructura y apoyo que no les dan los partidos. Esto nos produce tensiones y desgaste de energías que afectan profundamente nuestras posibilidades de hacer política feminista con nuestros tiempos, desde la autonomía y la independencia y de tener nuestra propia voz, ya que este acercamiento de las mujeres de partidos apela a una sociedad de género, no a la capacidad de negociación política entre nosotras.

Podemos estar apoyando a mujeres que en su quehacer político partidario nos niegan como actoras y protagonistas legítimas. El objetivo de retroalimentarnos y sostenernos no se produce porque la negociación partidaria las lleva finalmente a la transacción de los contenidos transformadores del feminismo y nunca podemos construir estrategias comunes explicitadas.

Una alianza implica negociación. Ponernos de acuerdo en algunas estrategias se hace difícil si no explicitamos nuestras diferencias políticas. Si bien esto es un desafío en relación a las mujeres políticas, es un desafío más urgente dentro del feminismo: constituirnos en corrientes políticas explicitadas, negociando entre nosotras para constituir un movimiento feminista organizado y adquirir el poder negociador no sólo con estas mujeres políticas, sino con el conjunto de la sociedad.

Creo que nos equivocamos cuando suponemos que una mujer que maneja la contradicción de género no puede tener diferencias profundas con nosotras. En esa equivocación radica nuestra incapacidad de negociación y alianza. Para poder hacer alianzas y negociaciones es básico explicitar nuestras diferencias políticas con modelos económicos, de concepto de democracia y sobre todo de nuestra mirada crítica al patriarcado. Sólo entonces podremos ser el objeto de contratos entre nosotras, reconociéndonos como seres políticos actuantes, podremos ponernos de acuerdo en ciertas estrategias, no en todas.

Este nudo no está resuelto en las democracias. Los diferentes discursos críticos terminan siendo «hablados» por personas ajenas, perdiendo la potencialidad del convencimiento, ya que el discurso es prestado y no legitimado por los propios actores. La democracia pierde su propio sentido al no poder estar en una relación horizontal con las vivencias del conjunto de la sociedad y se aleja de las dinámicas transformadoras de lo cotidiano, quedando sujeta a interpretaciones doblemente mediatizadas.

Las ONGs, en su búsqueda de encontrar y definir su rol y sus espacios en la sociedad en relación al poder y su quehacer, están constantemente re-ubicándose. La independencia y la autonomía sigue siendo uno de los puntos claves por donde pasa su destino. A este sistema de ONGs se han incorporado los poderes institucionales que ya tienen sus propios canales de existencia (Partidos Políticos, Iglesia, Gobierno, etc.), lo que produce una gran confusión. Cuando se trata de tener políticas autónomas, comunes y crear poder, estas son atravesadas por otras estrategias que no están interesadas en la autonomía y el poder que podría generarse desde las ONGs. Nuevamente aquí nuestras estrategias son permeadas por estos intereses, en esta red de poderes que no está esclarecida. La pérdida de perfil, la confusión de imagen en que están cayendo algunas ONGs nos están produciendo graves problemas con el mundo social que quiere cambios profundos.

Las evaluaciones que no incorporan como válido las utopías, tienden a marcar las políticas de las ONGs con la política de lo posible, de lo pragmático, en que están los Partidos Políticos en el modelo neoliberal.

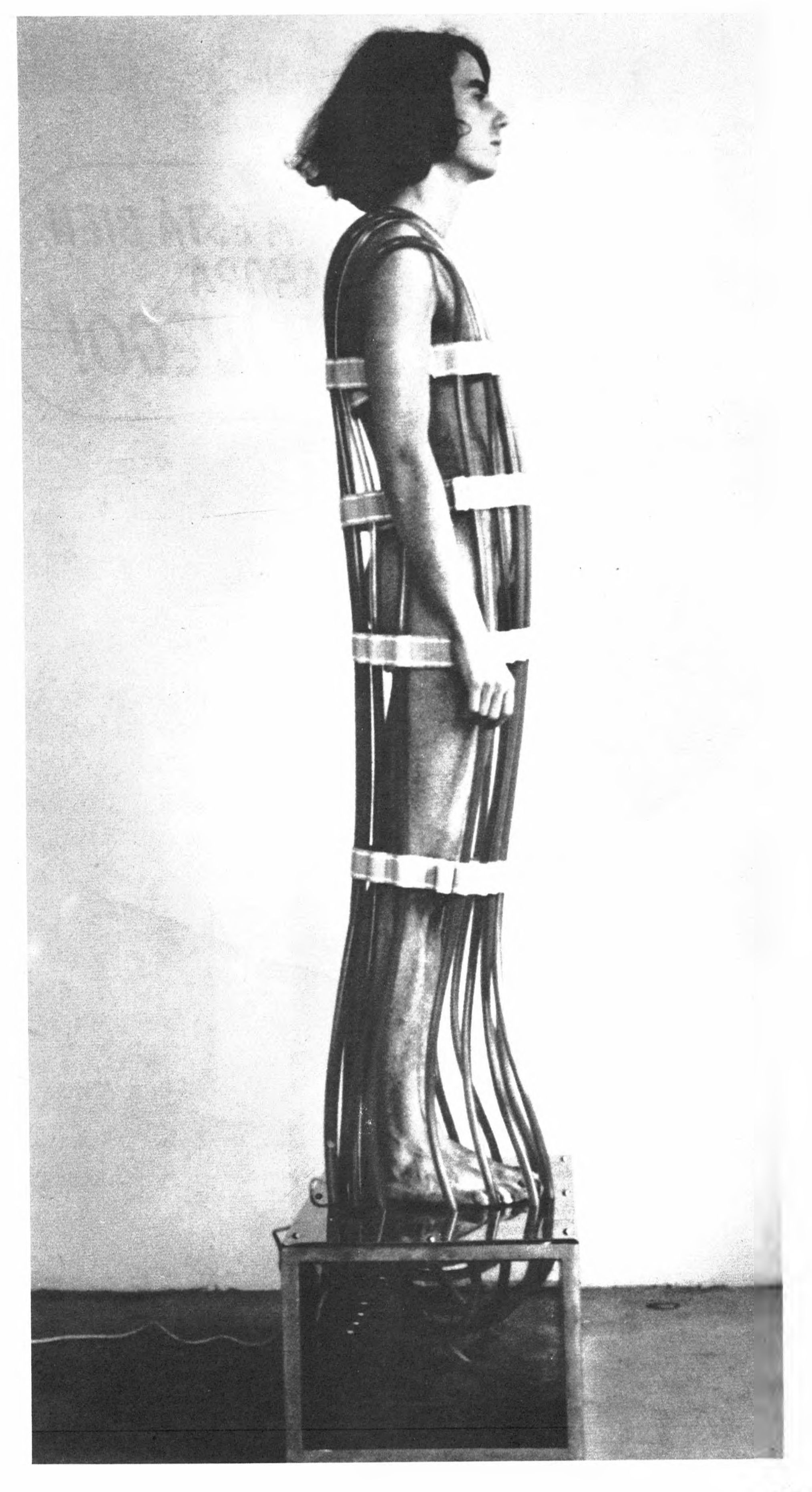
Podría asegurar que la mayoría de las ciudadanas y ciudadanos de este planeta contemplan con asombro el empobrecimiento de la humanidad, no sólo en los recursos físicos sino de la dimensión de la creatividad humana y en la incapacidad de construir utopía para transitar a otra cultura.

Por lo menos las mujeres aún no hemos ensayado nuestros propios sueños.

Margarita Pisano F.
Santiago-Chile, junio de 1993

En el texto de Camus dice hombre.


LA TEORIA ESTÁ BIEN
AHORA
ES TU JUEGO!



UNA POETICA

Hace pocos meses se inauguraba en el Soho de New York, un anexo del Museo Guggenheim. La oportunidad se prestó para que las mujeres artistas manifestaran su disconformidad con la política machista del Museo.

Ahora, parecería que el Guggenheim quiere reivindicarse, o al menos, la exposición retrospectiva de Rebecca Horn, podría ser un fantástico paso en ese camino.

Es la primera vez en la historia que un artista muestra simultáneamente en el conocido edificio de Frank Lloyd Wright, cede principal del Museo; en las instalaciones del Soho y en Venecia en el emplazamiento de la Colección Peggy Guggenheim.

La exposición se compone de más de 50 trabajos, incluyendo sus tempranas obras «extensiones del cuerpo»; sus instalaciones kinéticas y sus películas, algunas de las cuales documentan sus performances y otras son creaciones cinematográficas.

Rebecca Horn nació en Michelstadt, Alemania, en 1944 y estudió arte en Hamburgo. Desde los años 60, su obra se inscribe en la corriente que cuestiona la autonomía del objeto estético y desafía los encuadres tradicionales del arte. Son años en los que los artistas buscan el sentido de la obra en la interacción social y el compromiso político.

Sobre finales del 60 Rebecca concibe sus famosas extensiones corporales. Una suerte de esculturas blandas creadas manipulando telas que corta y cose construyendo una narrativa referida a la vulnerabilidad del cuerpo humano. Esta temática, quizás motivada por varios meses de hospitalización que Rebecca atraviesa en ese tiempo a consecuencia de una enfermedad pulmonar, sigue presente a lo largo de toda su obra, al tiempo que aparece y se consolida con cierto énfasis la preocupación por la fragilidad emocional.

Las «extensiones», denominadas así en referencia literal a dichas esculturas («Guantes para dedos» 1972, «Extensión de cabeza» 1972) fueron seguidas por las primeras performances, en las que el objeto escultórico se incorpora al cuerpo (la artista se viste con sus extensiones) y se proyecta en el espacio ampliando sus alcances. Simultáneamente Rebecca crea otra serie de esculturas que se corporizan a través de mecanizaciones, imprimiendo movimientos de cierta precisión biológica en su producción objetual. La artista consigue así una inversión de situaciones: por un lado el objeto inanimado se anima, se corporiza por obra del movimiento, por otro, el cuerpo humano por naturaleza animado, se objetualiza, se vuelve instrumento. La distancia entre el hombre y las cosas está tan adelgazada que todo respira el mismo aire de familiaridad.

«Máquina de Sangre Desbordando» (1970) y «La prisión-abanico emplumada» (1978) son dos ejemplos intermediadores entre el objeto animado y la performance donde Rebecca exhibe sus dotes de alquimista. El primero consiste de una serie de tubos de plástico transparente, ajustados sobre un cuerpo desnudo y conectado a una caja que aporta el mecanismo de reciclaje del fluido rojo y lo hace recircular sobre el cuerpo. Desencadena por esta vía, una reflexión dialéctica sobre el tema de la exterioridad y la interioridad. La segunda obra, conjuga dos grandes abanicos de plumas que se abren y cierran en paralelo, dejando ver en forma intermitente, las piernas de una niña en zapatillas de baile. Rebecca crea múltiples metáforas en este trabajo que nos hablan de la

DE LA VIDA

mujer encarcelada en el espectáculo del pavo real, de la mujer instrumento, de la fragilidad detrás de esas plumas y del propio discurso del arte.

En 1974 comienza la actividad cinematográfica que continúa hasta la actualidad. Su última película es «Busters Bedroom» (1990) con actuación de Donald Sutherland, Geraldine Chaplin y Valentina Cortese. Filmada en un sanatorio de California, se trata de la búsqueda del espíritu de Buster Keaton por parte de una mujer joven. (Keaton ha sido una fuente de inspiración constante para Rebecca Hom).

A mediados de los 80 Rebecca comparte la producción de cine, con las instalaciones y a menudo elige escenarios similares para ambos tipos de obra. Son espacios que ya tienen una enorme carga significativa a partir de su historia y donde la memoria colectiva – oscilante entre recordar y olvidar – es activada por mínimas y precisas operaciones de la artista. Tal el caso de «Concierto en reversa» una instalación que Rebecca realizó en una prisión abandonada del siglo XVIII que fue usada por el Tercer Reich como espacio de tortura y ejecución. En los corredores húmedos y silenciosos, colocó lámparas de aceite de luz oscilante y pequeños martillos mecanizados que golpeaban rítmicamente. Afuera, gotas de agua caían desde un alto embudo de vidrio en una piscina negra. Es como que de pronto algo comienza a revivir, un fluido vital recircula: agua en este caso, sangre en aquel, tinta y champagne en otra máquina que habla de los amantes y pinta borracha las paredes del Guggenheim; leche que gotea desde dos enormes senos de vidrio instalados cerca de cielorraso de las rampas en espiral del Museo o tinta azul de prusia que tiñe los zapatos blancos de «La Máquina Prusiana de la Novia».

Toda su obra es una especie de antropomorfización del objeto que personifica procesos de transformación propios de la vida, de la historia, de la emoción y que muchas veces se detiene especialmente en el momento de la inminencia de un acontecer, donde todo puede destruirse.

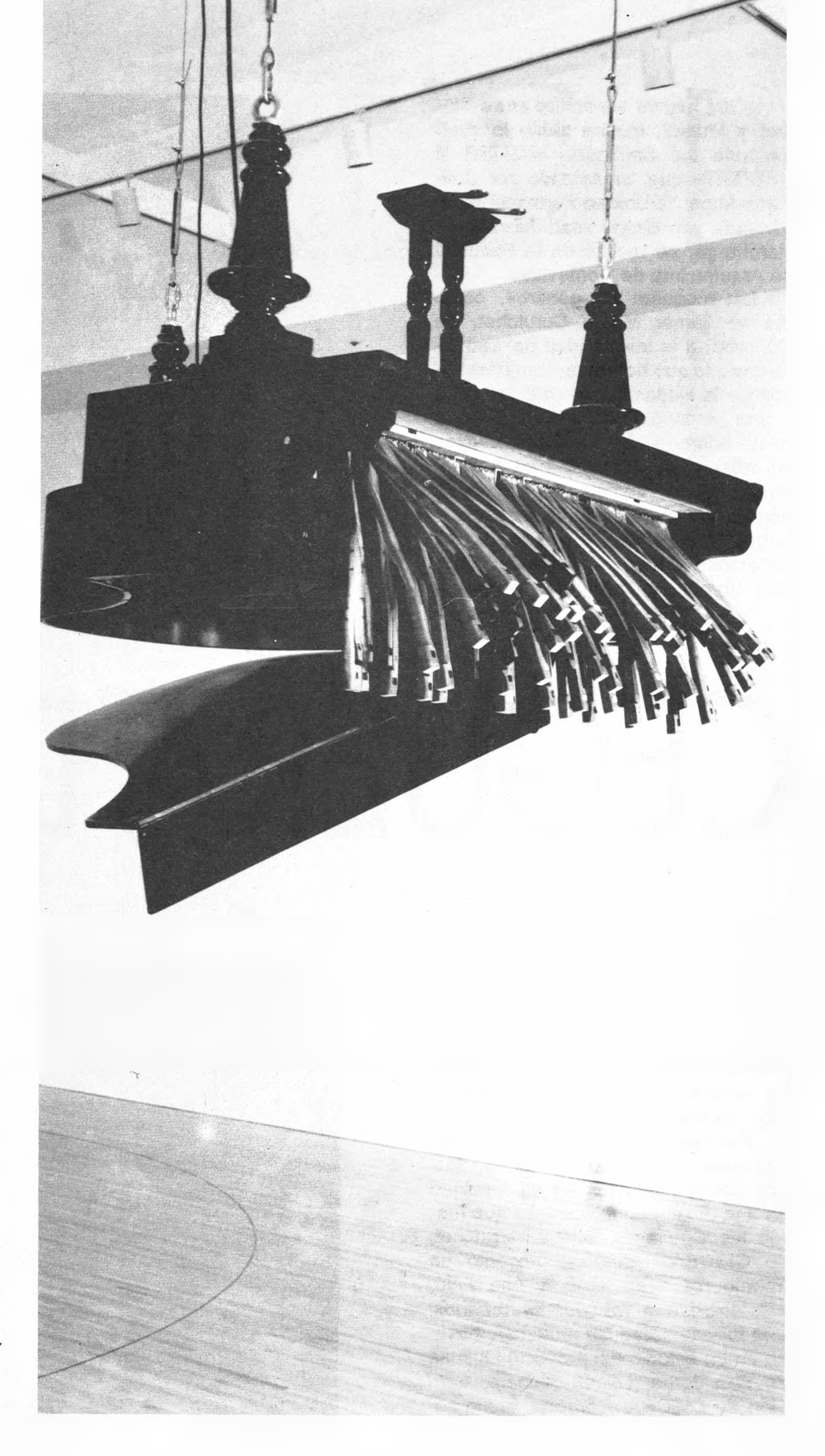
Rebecca ha dicho que *«la sexualidad es el motor»* y éste es sin lugar a dudas un nivel simultáneo de lectura que hila la obra en un permanente juego de tensión y catarsis, donde de alguna forma la catarsis no llega pero cuya proximidad es acentuada por la persistencia de la tensión.

La obra también hace gala de un agudo sentido del humor, como en «Concierto para Anarquía» donde un piano colgado del techo cada tantos minutos se abre expulsando sus teclas con la vibración sonora del exabrupto y al rato se cierra, guardando nuevamente sus teclas, cerrando su tapa y murmurando hasta el silencio.

Sensibilidad e inteligencia se amalgaman en toda esta muestra con impecables realizaciones que encaran todos los desafíos físicos o tecnológicos propios de estas máquinas transformadoras.

No sé si el Guggenheim se planteó o no un camino de reivindicación frente a las mujeres. De todas formas, mirarse en el espejo de la obra de Rebecca Horn es una manera de replantearse el futuro que el Museo no debiera descartar.

Ana Tiscornia



¿Qué hay de específico entre Ciudad y Mujer?, mucha gente lo supo después del Seminario «MUJER Y HABITAT» que, organizado por Cotidiano Mujer, la Unidad Permanente de Vivienda y la Universidad Técnica de Hamburgo, se realizó en la Facultad de Arquitectura de Montevideo.

La «ceguera de género», como dio en llamar Mirina Curutchet, de Córdoba, a la invisibilidad del uso diferenciado que hombres y mujeres hacen de la ciudad, empezó a dar paso a una percepción de género. Es que hasta ahora la ciudad ha reproducido los roles que la sociedad les ha atribuido desde tiempo inmemorial a hombres y mujeres, reflejando en el barrio, el transporte, los servicios, los espacios verdes, la seguridad, etc. una homogeneidad para atender a

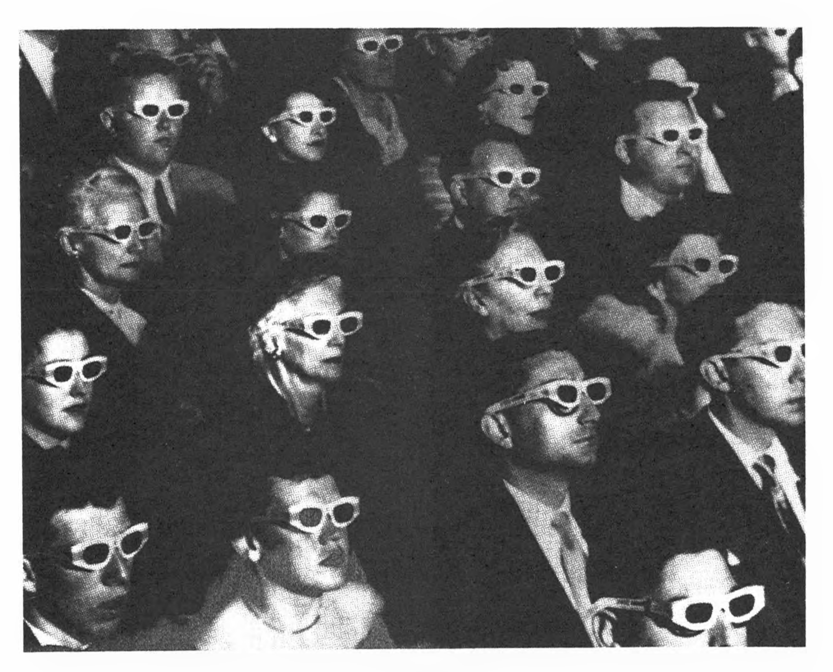


público y teléfono» que afecta más a las mujeres; Birgit Krantz, de la Fac. de Arq. de Lund, Suecia, lo hizo sobre *«Formas alternativas de habitar»*, una experiencia de vida colectiva en su país; Giovanna Mérola, de la Fac. de Arq. de Caracas, presentó su libro *«Arquitectura es Femenino»* sobre el espacio como hecho cultural y su ponencia *«Mujer, vivienda y recuperación de áreas verdes en zonas urbanas no controladas»*; Conrado Petit, de la Fac. de Arq. de Montevideo, expuso sobre *«Socialización de la vida doméstica tradicional»*; Lilián Celiberti, de Cotidiano Mujer, sobre *«Ecología urbana y género»*; e Hilia Moreira, de la Fac. de Humanidades de Montevideo, sobre *«Mujer y Ciudad: una comunicación posible»*. La exposición del marco teórico estuvo a cargo de

CEGUERA DE GENERO

ambos sexos que no responde a la realidad. Tanto en Europa como en el Tercer Mundo los pasos para que las mujeres participemos como sujetos en la toma de decisiones del desarrollo urbano está sembrada de dificultades, de estereotipos, de conservadurismos, de miedo.

Por falta de espacio no podemos comentar aquí todas las ponencias, que serán recogidas en su totalidad en una próxima publicación y que fueron las siguientes: Mirina Curutchet, de CISCSA, Córdoba, presentó un trabajo realizado junto a Ana Falú, *«Realojando a los pobres urbanos: una mirada sobre las mujeres»*, basado en un estudio del proyecto Quintas de San Jorge; Liliana Rainero, también de CISCSA, Córdoba, habló sobre *«El servicio urbano de transporte*



Charna Furman , de la Fac. de Arq. de Montevideo.

Lo que sigue es una breve reseña de las otras exposiciones que no han sido enumeradas más arriba y que irán igualmente en la publicación.

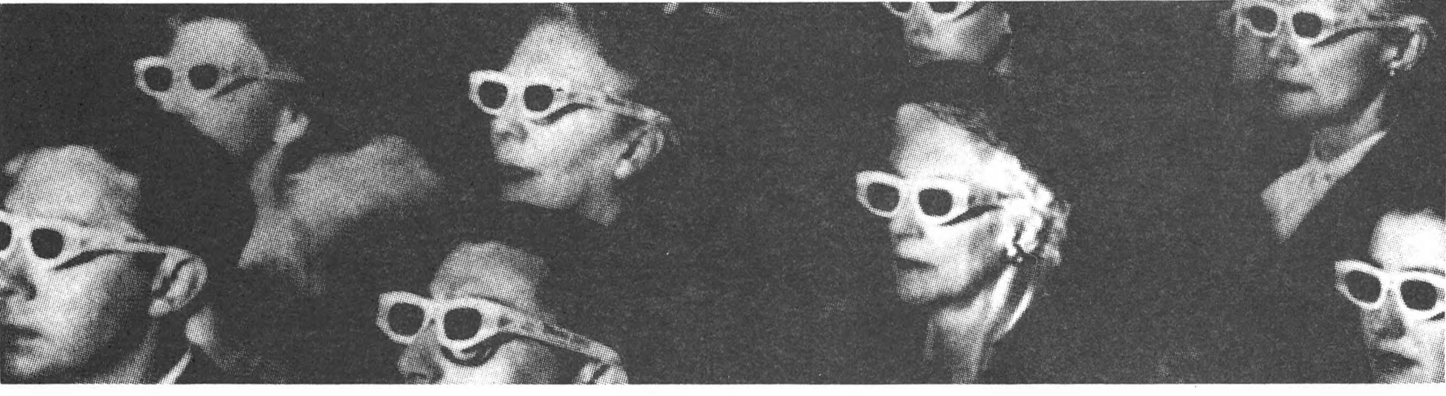
Desde Hamburgo

Kerstin Zillmann, de la Fac. Técnica Harburg, se pregunta ¿qué significado tiene la planificación urbana para las mujeres? Afirma que éstas experimentan la ciudad de otra forma que los hombres, puesto que el rol tradicional las vincula a la casa y las subordina a la esfera privada, haciendo que los lugares públicos se conviertan en hostiles para ellas. Nada va a cambiar, afirma mientras sean los hom-

bres quienes tomen las decisiones, perpetuando las relaciones y formas de pensamiento patriarcales.

Helga Roos, habló de su profesión de carpintera de obra y su aprendizaje en una empresa cooperativa. *«Lo que me gusta especialmente de mi trabajo es cómo, a través de la forma de un techo, la casa va adquiriendo su propia cara»*. Helga encaró otro aspecto menos placentero, el de las dificultades por las que pasan en Alemania las mujeres que quieren ser albañilas o carpinteras de obra. Existe una ley que data del gobierno nazi de 1938 en que *«para cuidar la capacidad de parir»* se prohíbe a las mujeres trabajar en estos oficios salvo que un médico certifique que ha sido esterilizada o que el tejido de su útero admita el esfuerzo. *«Se divide a las mujeres de acuerdo a su capacidad de parir»*, protesta Helga.

Simona Weisleder estudiante de arquitectura, expuso sobre Villa Magdalena K., un proyecto experimental autogestionado, de ayuda mutua entre mujeres jóvenes, en cuya obra trabajaron más de cien mujeres. A pesar que la casa, construida en el siglo pasado, estaba abandonada, tuvieron dificultades para la adjudicación. El proyecto levantó mucha resistencia en la ciudad, *«seis mujeres en edad de casarse, solas en una casa ¿qué pretenden?»* se preguntaba un alto funcionario de la municipalidad de Hamburgo. Tuvieron que decidirse a «ocuparla» aunque sólo por unas horas, retirándose antes que llegara la policía. Después de dos acciones más la comisión de urbanismo decidió darles la casa. Las futuras propietarias no perdieron el humor durante los años de lucha y cuentan que la tal señora Keller, nunca existió y es fruto del error de un funcionario que creyó que el timbre correspondiente al nombre Keller, (quiere decir sótano o portería), era en realidad de una persona. Las «vecinas de la señora Keller» iniciaron una nutrida correspondencia entre Magdalena K. y la municipalidad, llegando hasta «reconstruir» un cuarto de su casa y exponerlo durante una de las ocupaciones. Hoy, que ya están instaladas con todos los derechos, recuerdan los dos años de construcción más los tres de trámites, como algo muy especial, que las unió de una manera profunda.



Desde Montevideo

El grupo de mujeres de FUCVAM habló del proceso de toma de conciencia que las cooperativistas mujeres han iniciado en forma sistemática desde hace dos años. En los primeros años de la Federación, cuenta Ana Huelmo, las tareas de preparación del proyecto constructivo, los trámites, la obtención del préstamo, los cargos en los consejos directivos eran asumidos exclusivamente por dirigentes masculinos, *«con la paradójica situación que la mujer muy a menudo es la que tiene un conocimiento más acabado de la realidad de los barrios y es capaz de generar mecanismos de comunicación más efectivos, aunque menos solemnes»*. Otra paradoja, es que aunque la mujer trabaja en la construcción de su vivienda a la par de los hombres, difícilmente obtenga la titularidad de la propiedad, con lo que por añadidura hace recaer el ejercicio del voto en manos del esposo. Hoy esto está cambiando, dice Ana, enfatizando que *«en la medida en que todos los cooperadores hagamos un gran esfuerzo por ganar 'la batalla cultural' para que perviван nuestros valores de solidaridad, igualdad y ejercicio democrático pleno»*, la mujer logrará desarrollarse y realizarse en sentido integral.

MUJEFA, es la sigla que adoptó el grupo de doce mujeres jefas de hogar a quienes la IMM adjudicó una casa en la Ciudad Vieja. Además del reciclaje que las va a unir bajo el mismo techo, las une el tener sus hijos en hogares diurnos del INAME y vivir muy precariamente luego de la ola de desalojos ocurrida en 1989. Las une también este sueño «casi» hecho realidad, con las proyecciones que cada una deposita en la obtención de su lugar en la ciudad. Las une también una pesadilla, que consiste en un impedimento formal para poder ocupar la casa: un embargo radicado hoy en la Suprema Corte de Justicia y que, ferias y otras dilatorias, han impedido que la obra comience. Estos dos años de espera – aunque de mucha angustia – les ha aportado un fuerte sentido de pertinencia, de solidaridad, un proyecto común que va más allá de Pérez Castellano 1429. *«Casa o no casa, nosotras ya somos un grupo»*.

Charna Furman, moderó la mesa redonda en la que se adoptaron seis propuestas.

Elena Fonseca

PROPUESTAS

1. En el marco de políticas sociales adecuadas a las necesidades de los sectores más desprotegidos de nuestra población, hacer énfasis en la muy grave situación de los hogares con jefatura femenina para los que se plantean las siguientes propuestas:
   - 1.a. Establecer un puntaje especial para estos hogares en la adjudicación de soluciones habitacionales.
   - 1.b. Adjudicar viviendas terminadas en lo que respecta a los trabajos más pesados de la construcción a los hogares con jefatura femenina, y con hijos menores.
   - 1.c. Asegurar el acceso a los servicios imprescindibles para los casos de mujeres jefas de familia, lo que implica darles preferencia en las soluciones ubicadas en los barrios consolidados de la ciudad, y en caso contrario, asegurar la provisión de esos servicios en las soluciones habitacionales en barrios periféricos, en especial guarderías y facilidades de transporte.
2. Adjudicar la titularidad de la vivienda, así como la calidad de socio cooperativo a la mujer de cada núcleo familiar, aún cuando se trate de un hogar nuclear en el momento de la adjudicación de vivienda.
3. Impulsar estudios con enfoques de género en la Facultad de Arquitectura, en especial la temática de «Mujer y Habitat».
4. Realizar una declaración con la firma de las participantes extranjeras en este Seminario de apoyo a la concreción del Proyecto Piloto de Reciclaje Participativo para Mujeres Jefas de Familia, por considerarlo de especial interés como línea de trabajo que trasciende a nuestro país, constituyéndose en un ejemplo a nivel latinoamericano.
5. Hacer llegar estas propuestas a la Red de Mujeres Políticas, para que a través de las mismas se pueda acceder a los ámbitos de Poder Político de nuestro país.
6. Darle la mayor difusión posible a estas propuestas a través de comunicados de prensa.

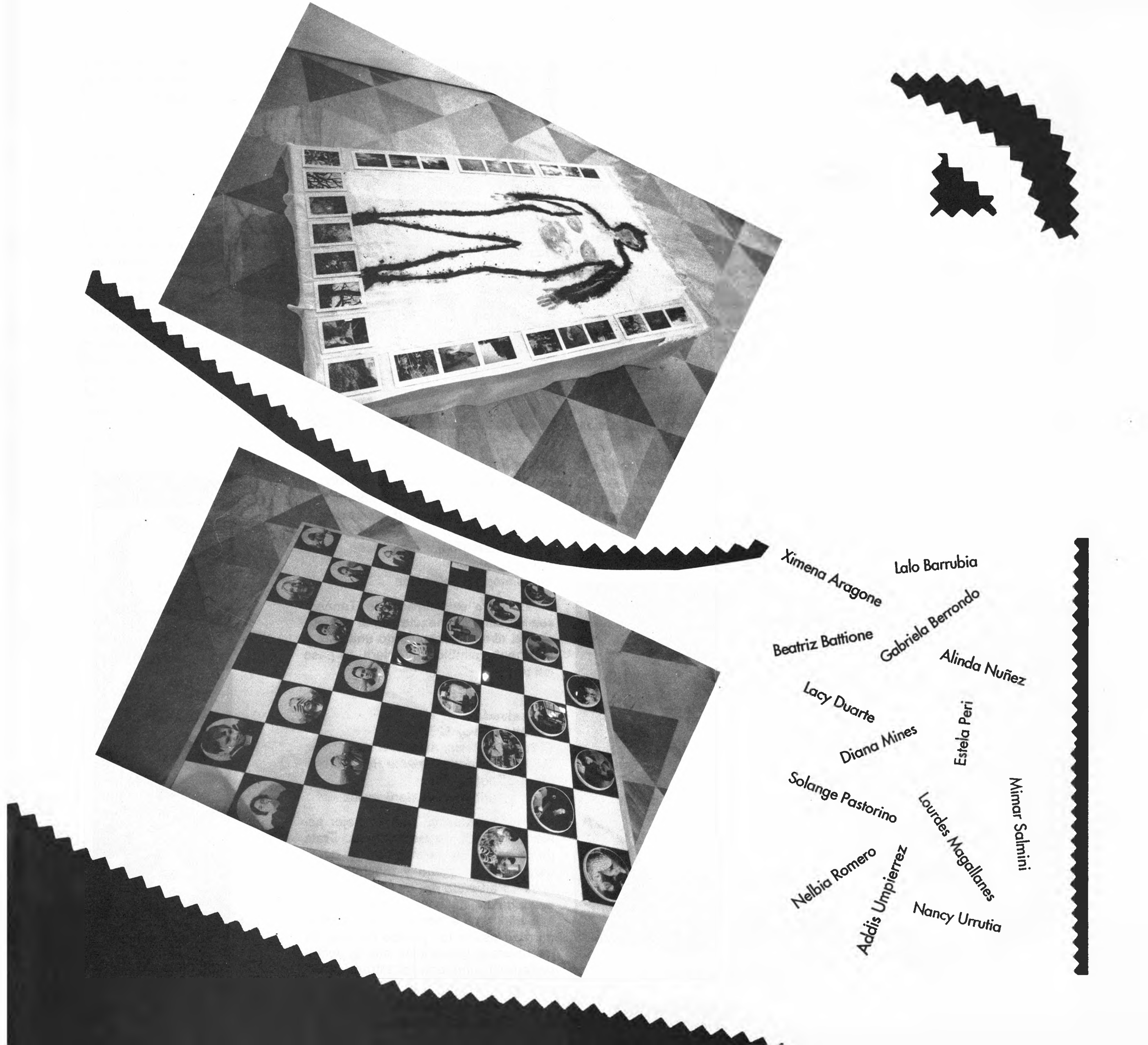


LAS FEMINISTAS

Lo mejor de nosotras mismas



Cumplimos 8 años y hemos cambiado muchas cosas. Pero hay algo que no cambiamos nunca: nuestras utopías. Por eso esta muestra, presentando al feminismo como una expresión de lo mejor de nosotras mismas, las mujeres. Contamos con el aporte de las artistas plásticas, de las fotógrafas y de las poetas que durante todo este tiempo nos han acompañado.


Ximena Aragone
Lalo Barrubia
Beatriz Battione
Gabriela Berrondo
Alinda Nuñez
Lacy Duarte
Diana Mines
Estela Peri
Solange Pastorino
Lourdes Magallanes
Mimar Salmini
Nelbia Romero
Addis Umpierrez
Nancy Urrutia



Quién te ha visto y quién te ve

Dulces sueños
Sweet Dreams
Con Jessica Lange y Ed Harris
Dir.: Karel Reisz

Buena película con disfrutable actuación de Jessica Lange interpretando a la cantante country Patsy Clain, una de las grandes figuras del género. Buena música.

La mujer de la puerta de al lado
(La femme a côté)
Con Fanny Ardant y Gérard Dépardieu
Dir.: François Truffaut

La inquietante y por cierto hermosísima Fanny Ardant (Mathilde) está muerta de amor por Gérard Dépardieu (Bernard), con quien se reencuentra. Pero Bernard está casado con una buena mujer, madre de su hijo... Les recomiendo que la vean, y mientras disfrutan de la película (que para eso una las mira), denle la captura a la mirada masculina de Truffaut sobre las mujeres nefastas y las santas, también a su mirada complaciente hacia el mundo de los hombres.

Ragtime
Con James Cagney, Elizabeth McGovern, Pat O'Brien, James Olson
Dir.: Milos Forman

Es la adaptación de una novela de Edgar Lawrence Doctorow, que evoca los EEUU de principios de siglo en un relato que entrelaza multitud de situaciones y personajes. Sus resultados son muy buenos.





De repente, el último verano
(Suddenly, last summer) 1959 (B/N)
Con Katherine Hepburn, Elizabeth Taylor, Montgomery Clift, Mercedes McCambridge
Guión: Gore Vidal y Tennessee Williams
Dir.: Joseph Mankiewicz

El estilo desgarrado de Tennessee Williams se mezcla con la elegancia del director, resultando una rara y fascinante simbiosis. Tolera el paso del tiempo.

La malvada
(All about Eve) 1950 (B/N)
Con Bette Davis, Anne Baxter, George Sanders, Celeste Holm, Gary Merrill, Thelma Ritter
Dir. y guión: Joseph Mankiewicz

Título magistral, con la mejor actuación (creo) de Bette Davis. Trata de la ambición, la vanidad, la decadencia, el arribismo y muchas otras cosas. Partiendo del mundo del teatro describe el ascenso profesional de una aspirante a actriz sin escrúpulos, narrada desde los puntos de vista de los diversos personajes que la acompañan. La admirable construcción del material dramático, la lucidez de su reflexión y la actuación lo convierten en un film irrepetible.

Locura de mujer
Con Hanna Schygulla, Angela Winker, Peter Striebeck
Dir.: Margarethe con Trotta

Interesante película que parece que nunca se editará en Uruguay... Aprovechamos estas líneas para que las personas que compran las películas, se acuerden de ésta.

Según su directora, pretendió mostrar «cómo se comportan entre sí las mujeres, de qué modo muestran sus miedos cuando se arriesgan a ir lejos; cuando se hacen autónomas, quizás – incluso – tienen éxito, tienen ideas propias que no sólo defienden, sino que las defienden frente a los hombres.

Elsa Duhagón





LO QUE ME FALTA ES SUSCRIBIRME A
COTIDIANO

